



Quiero
AMARTE

Trilogía Conquistame 3

MARCOS A.C.

Quiero
AMARTE

Trilogía Conquistame 3

Quiero
AMARTE

Trilogía Conquistame 3

Primera edición.

Quiero amarte. Trilogía *Conquistame* n°3

©Marcos A. C.

©Octubre, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

Primera edición.

Quiero amarte. Trilogía *Conquistame* n°3

©Marcos A. C.

©Octubre, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Hacía ya tres días que me había enterado de la peor noticia que podría recibir, y seguía en el hospital.

Kike estaba bien, aunque se le habían saltado los puntos cuando se incorporó demasiado rápido, como si no estuviera convaleciente, y tuvieron que volver a sedarlo para coser de nuevo.

Su madre cuando se enteró rompió a llorar de tal manera, que acabé llorando yo con ella, cuando vino a ver su hijo, me abrazó con todas sus fuerzas. En esos meses que pasamos juntos nos habíamos visto en varias ocasiones, y era una mujer encantadora, me recordaba mucho a mi madre.

Dijo que, a pesar de que ya no estuviera con su hijo, me agradecía que me preocupara por él y me hubiera quedado en el hospital.

Tuve que contarle lo de la amnesia, y que yo había fingido que seguíamos juntos y no pasaba nada, según los médicos, era mejor ponerle al corriente de todo poco a poco y con tacto, no de golpe.

Su madre volvió a llorar y me agradeció aún más que hiciera eso, sabiendo que estaba enamorada de otro hombre. También me sinceré con ella sobre eso, le dije que sí, que amaba a otro hombre como nunca creí que pudiera hacerlo, pero había resultado que no era recíproco. En esa ocasión fue ella quien me consoló al verme llorar, cualquiera que nos viera, pensaría que se nos había muerto alguien, pero es que ese podría haber sido el caso.

Y el caso de Pati era peor de lo que pensábamos.

Aparte de cómo se veía exteriormente, contaba con algunas hemorragias internas, además de que estaba embarazada de unas semanas.

Eso me lo dijeron los médicos cuando estaba un poco más tranquila después de mi severo ataque de ansiedad, pero me puse más nerviosa porque ya no era solo preocuparme de mi amiga, sino también de la vida del que sería mi sobrino, o sobrina.

Tuve que llamar a Edu para darle la noticia, no tuve ninguna duda de que él era el padre, por mucho que mi amiga disfrutara de su vida y viviera la sexualidad como le viniera en gana.

Edu llegó con Jaime, su compañero y amigo, junto con Lucía y Gabi. Nunca había visto llorar a un hombre del modo en que ese policía, alto y musculoso, lo hizo.

Me partió el alma verlo así, y es que estábamos todos destrozados por tener a nuestra Pati en esas condiciones.

El bebé seguía aferrándose a la vida, y eso nos mantenía a todos con la esperanza de que Pati también lo hiciera. Había tenido un par de paradas cardíacas en esos días, pero yo sabía que mi amiga quería seguir luchando por vivir, igual que su pequeño.

A sus padres llamarlos fue muy duro, no vivían en Sevilla, puesto que a su padre le asignaron un cargo importante en la policía y se fue a Madrid, así que cogieron el primer vuelo para estar con su pequeña.

Como buen agente de la ley, el padre de mi amiga llegó pidiendo respuestas para saber quién había hecho eso a su hija, Kike tenía una pérdida de memoria leve y no recordaba ese último mes, por lo que mi padre y yo le contamos lo poco que sabíamos del caso en el que ambos estaban involucrados.

Ambos padres dijeron que no se moverían de Sevilla hasta que su hija se recuperase, y para que ellos no cargaran solos con la espera de noches y días en vela, todos los amigos de Pati, sin excepción, nos ofrecimos a quedarnos también, de modo que, turnándonos entre los siete, siempre estaríamos descansando.

Por otro lado, estaba el drama de mi vida, ese que me llevó a la ansiedad.

David me había engañado, había jugado conmigo cuanto le dio la gana, riéndose no solo de mí, sino de mi padre y su primo.

Alberto vino a interesarse por el estado de Kike, antes de que lo viera, mi padre y yo le pusimos al tanto de su pérdida de memoria, y de que seguía creyendo que estábamos juntos. Lamentó mucho aquello, y me dijo que no hiciera caso de las noticias en las que aparecía David, puesto que debían ser falsas.

Pero ahora, tres días después de que yo viera con mis ojitos, al hombre del que me había enamorado hasta la saciedad, en la televisión besándose con su ex, aún no había tenido noticias tuyas, ni una sola llamada, ni un triste mensaje. Nada.

Sabía por mi padre y Sofia que estaba yendo al bufete, y tampoco hablaba con él ni con su primo, por lo que estaba más que claro que, todo lo que le había contado ella a la prensa, era cierto.

—Cloe —me llamó Kike, puesto que había pasado esa noche con él en el hospital.

—Dime —me levanté del sofá donde estaba viendo muchas más noticias de la ex de David.

—¿Cuándo me dan el alta? Estoy harto de esta puta cama y me jode que te quedes sin dormir por mi culpa.

—En un par de días, así que, deja de quejarte como un niño. Y no me quedo sin dormir, que esa cama es mía —le hice un guiño señalando la que ocupé cuando me dio el ataque de ansiedad.

—¿Habéis averiguado algo de los que me dispararon?

—Aún está la policía con el caso, y el padre de Pati está colaborando, además ha traído a gente de su equipo.

—Siento lo de Pati —dijo, cogiéndome la mano.

—Saldrá de esta, lo sé, es una luchadora.

! —Puede perder al bebé.

—Los médicos me han asegurado que van a hacer todo lo posible por sacar a ambos adelante, y sé que así será. Mi amiga no puede irse de este mundo sin despedirse de mí, sabe que, si lo hace, cuando me reúna con ella en las puertas de San Pedro, la dejo calva.

Kike empezó a reír, pero paró enseguida quejándose por el dolor. No había manera de que fuera un paciente disciplinado, y así lo único que conseguiría es que se le saltaran de nuevo los puntos.

—Vete a casa, preciosa, yo estaré bien. Descansa un poco, que llevas aquí metida tres días.

—Pues igual que tú —protesté.

—Lo mío es por obligación, tú no tienes que estar aquí.

—Menuda novia sería si no me quedara a cuidar del enfermo. ¿Qué pensaría mi suegra? —sonreí.

—Mi madre te quiere con locura, me dijo que te pida matrimonio antes de que llegue otro y me robe a mi amor.

Reí negando, porque eso me lo había dicho en Tarifa también, antes de que me decidiera a hacer por una vez en la vida lo que me dictaba el corazón, y no la razón.

Pero cuando Kike dijo que no recordaba nada del último mes, el peso de la balanza volvió a caer sobre la razón, esa que en muchas ocasiones acierta y acabamos convencidos de que todo cuanto hacemos está bien.

¿Era egoísta por volver con un hombre al que pretendía dejar una semana antes, y quien había dado por hecho que entre nosotros no había un futuro posible? Ni mucho menos, yo no lo veía así.

Tan solo era una mujer que quería a ese hombre, le tenía un cariño inmenso, y se preocupaba por su estado de salud en esos momentos.

El día que recuperara la memoria, ya cruzaríamos ese puente.

—Buenos días, hijos —nos saludó la madre de Kike, entrando en la habitación.

—Buenos días —contestamos los dos al unísono.

Nos besó a ambos y me entregó a mí un café y un bollo, como las mañanas anteriores.

Desayuné mientras hablábamos de cómo había pasado Kike la noche y entre los dos me obligaron a marcharme, por mucho que me negué.

—Esta noche me tienes aquí, voy a ser tu peor pesadilla —dije, dándole un beso a Kike.

—¿Y cuando me den el alta también? —arqueó la ceja— Digo, porque podías quedarte conmigo unos días. Por si me encuentro mal y eso.

—No tienes morro tú ni nada, anda, pórtate bien.

—En el fondo me quiere mucho —le aseguró a su madre, haciendo que ambas nos riéramos.

—Claro que te quiero, tonto.

Y claro que lo quería, era parte de mi vida desde hacía muchos años, casi como de la familia, pero el amor que sentía por él, era muy distinto al que me había hecho sentir David, ese que aún estaba latente en mi corazón, y que iba a costar arrancar, soportando un dolor inmenso.

Me despedí de ellos y salí del hospital para irme a casa, darme una ducha e ir al bufete a ver cómo iban los casos.

l

;

Tan solo era una mujer que quería a ese hombre, le tenía un cariño inmenso, y se preocupaba por su estado de salud en esos momentos.

El día que recuperara la memoria, ya cruzaríamos ese puente.

—Buenos días, hijos —nos saludó la madre de Kike, entrando en la habitación.

—Buenos días —contestamos los dos al unísono.

Nos besó a ambos y me entregó a mí un café y un bollo, como las mañanas anteriores.

Desayuné mientras hablábamos de cómo había pasado Kike la noche y entre los dos me obligaron a marcharme, por mucho que me negué.

—Esta noche me tienes aquí, voy a ser tu peor pesadilla —dije, dándole un beso a Kike.

—¿Y cuando me den el alta también? —arqueó la ceja— Digo, porque podías quedarte conmigo unos días. Por si me encuentro mal y eso.

—No tienes morro tú ni nada, anda, pórtate bien.

—En el fondo me quiere mucho —le aseguró a su madre, haciendo que ambas nos riéramos.

—Claro que te quiero, tonto.

Y claro que lo quería, era parte de mi vida desde hacía muchos años, casi como de la familia, pero el amor que sentía por él, era muy distinto al que me había hecho sentir David, ese que aún estaba latente en mi corazón, y que iba a costar arrancar, soportando un dolor inmenso.

Me despedí de ellos y salí del hospital para irme a casa, darme una ducha e ir al bufete a ver cómo iban los casos.

Capítulo 2



Sin darme cuenta, en vez de coger el camino a casa, cogí el de la iglesia, quizás porque mi mente sabía que quería expiar mi pequeño pecado de mentir al prójimo.

—Buenos días, Padre —dije, al verle encendiendo los cirios que solía poner al lado de vírgenes y santos.

—Cloe, hija mía, buenos días. ¿Qué haces aquí? ¿Tienes el día libre en el trabajo?

—No, iba ahora a casa para cambiarme y después ir al bufete.

—¿Has estado de fiesta toda la noche, hasta ahora? —Arqueó la ceja.

—Ojalá, créame Padre, que es lo que me habría gustado, pero no.

—Ven, vamos a sentarnos.

Me llevó hasta el bando de primera fila, me senté cerrando los ojos y respirando hondo, y él lo hizo a mi lado.

—¿Qué te aflige, Cloe?

—Necesito que me ponga penitencia, Padre.

—¿Qué has hecho para querer un castigo? No puede ser tan malo, tú eres de las mejores de mi rebaño —contestó, haciéndome sonreír.

—He mentido, y deberé seguir haciéndolo durante un tiempo, no sé cuánto, nadie lo sabe, ni siquiera los médicos, ¿y si es toda la vida? De ser así, la mía está más que abocada a la infelicidad.

—¿Médicos? ¿Te han diagnosticado alguna enfermedad?

—No, por el momento estoy sana.

—Pues habla de una vez, hija, porque al final veo que me tienen que atender a mí los médicos por un infarto.

Suspiré y le conté todo lo que había ocurrido en mi vida en los últimos días, desde el viaje por trabajo a Madrid, la pasión arrolladora con la que vivimos David y yo esos días, la visita de Kike, la ruptura, las malas noticias, la sorpresa de que David estuviera de nuevo con su ex, la amnesia de Kike, y el motivo de mi mentira para con él.

—Es una mentira, sí, pero una piadosa y diríamos que por prescripción médica —dijo, cuando acabé de relatarle todo.

—¿Ahora también es usted médico? —pregunté, elevando ambas cejas.

—No, pero soy un mensajero del Señor, y estoy seguro de que en ese caso Él, estará de acuerdo conmigo en que no mereces castigo. Cloe, si Kike no tuviera esa leve amnesia, tú no le habrías dicho que todo estaba bien, sino que le habrías dejado consolarte por la traición de David. A ese sí que le pondría penitencia, fíjate. Aunque, como todo, imagino que él tendrá su versión.

—Pues no me la ha dado, sigue con su silencio.

—Tiempo al tiempo, hija, que ese muy sabio. Cuando menos lo esperes, él querrá hablar contigo y contarte la verdad.

—Será tarde, Padre, ya lo es.

—Anda, vete a casa y descansa, que por unos días que no vayas al bufete, no te va a decir nada tu padre.

Me despedí de él con una sonrisa y le agradecí que me hubiera escuchado. Y es que, en el fondo, eso era lo que necesitaba, hablar con alguien ajeno a mi día a día, para tener una visión nueva de mi situación.

Subí al coche, lo puse en marcha, encendí la radio y, cuando me incorporaba a la carretera, comenzó a sonar *Ahora quién*, una canción de Marc Anthony que en ese momento me venía como anillo al dedo para David.

“¿A quién van a engañar ahora tus brazos? ¿A quién van a mentirle ahora tus labios? ¿A quién vas a decirle ahora te amo?”

Tenía claro que era a su ex, esa a quien, por mucho que él dijera, no había olvidado.

Y no había mejor prueba de que yo tenía razón, que esas malditas fotos que aparecieron en la televisión.

Me dolía que hubiera jugado conmigo de ese modo, de verdad que sí, y más aún que no hubiese tenido el valor de venir a verme después de que yo me tuviera que enterar de todo por la prensa.

Era un cobarde, un maldito cobarde.

¿Y había querido ir conmigo y las niñas a Tarifa? Qué bien disimuló para que yo le dijera que se quedara con su ex trabajando.

Bien que se la habría trabajado, que seguro que habían vuelto a esos juegos que a él le gustaban y compartió con ella tanto tiempo.

Le odiaba, le odiaba por haber hecho que me ilusionara en esos días en Madrid, por haberme decidido a estar con él, por amarle.

Cuando aparqué el coche y salí, me empezó a sonar el móvil, así que mientras caminaba hacia la puerta de mi edificio, lo fui buscando en el bolso, que en ese momento parecía más una maleta, anda que no llevaba cosas.

—Cloe —me paré en seco antes de llegar al escuchar la voz de David, el teléfono seguía sonando en mi bolso de manera incesante, y yo sentía que me temblaba todo el cuerpo. No sabía qué hacía aquí después de tanto tiempo. Tragué para quitarme el nudo en la garganta, ese que se había formado por las ganas de llorar, y comencé a andar de nuevo—. Cloe, por favor, espera —dijo, cogiéndome por el codo.

—¡No me toques! —grité, con todas las fuerzas que tenía en ese momento, y cómo sería el grito, que vi que se paraba una pareja que iba por la acera de enfrente.

—Tenemos que hablar, Cloe.

—No, tú y yo no tenemos nada que hablar, ¡nada! Desde el momento en que el lunes vi que habías vuelto con tu ex, se acabó lo que había entre nosotros.

—Sé lo de Kike y Pati, tenemos que hablar.

—¡Que no vamos a hablar! —yo seguía gritando, y vi que la pareja hacía por cruzar, así que me calmé un poco, tampoco era bueno montar un escándalo.

—No puedes volver con él, Cloe, estamos juntos.

—Suéltame, o juro que hago que esa pareja que viene hacia aquí, llame a la policía.

—Hazlo, me da igual que me detengan, ya todo me importa una mierda. Si te pierdo...

—Me has perdido, David, hazte a la idea de que me has perdido.

—¿Va todo bien por aquí, amigo? —preguntó el chico.

—Sí, ya se iba, ¿verdad? —contesté yo.

—Vamos a hablar Cloe, esto no va a quedar así.

—Tío, no amenaces a la chica.

—No la estoy amenazando, es mi pareja.

—¡Ah, no! De eso nada, ya no somos nada.

—Cloe.

—Me voy, que tengo prisa.

Y ahí lo dejé plantado mientras entraba en el edificio, sacando al fin el móvil.

—Buenos días, petardita mía —dijo Gabi, al descolgar cuando le devolví la llamada.

—Buenos días.

—¿Cómo estás? ¿Y Kike? —Él, al igual que Lucía, Edu y Jaime, eran conocedores de la situación en la que estaba Kike, y aunque entendían que hubiera decidido darle la razón a él y fingir que todo seguía como siempre, no estaban muy contentos con eso, sobre todo él y Lucía.

—Yo, histérica, porque acabo de recibir la visita de David. Dice que quiere que hablemos, ahora, después de tres días sin dar señales de vida. ¡Qué se vaya a la mierda! —grité, entrando en el apartamento.

—¿No has hablado con él?

—No, ni quiero hacerlo. No tengo la necesidad de escuchar que me mienta, así que. Puede irse a seguir follando con su ex.

—Qué cabezona eres, hija, de verdad.

—Mucho, no sabes tú cuánto.

—Bueno, cálmate un poco. Yo te llamaba para ver si querías tomar café conmigo esta tarde y después irnos para el hospital. Hoy me quedo yo con Pati.

—Genial, sí, así me paso a ver a mi chica un ratito. ¿Sigue igual?

—Sí, no mejora, pero al menos tampoco empeora. Dicen que cuando salga del coma, habrá que ver en qué condiciones lo hace. Lo malo será contarle lo del bebé.

—Bueno, no nos pongamos negativos, que nuestras Pati, es mucha Pati, y saldrá de esta.

—Por supuesto, sois mis Ángeles de Charlie, y los ángeles son unas guerreras.

—Nos vemos después, bombón.

—Estate tranquila y no te comas la cabeza, ¿vale? Te quiero, cariño.

—Y yo a ti.

Colgué y me fui directa para el cuarto de baño a darme una ducha, después me tomé un café bien cargado y salí para el bufete, había que trabajar.

—Genial, sí, así me paso a ver a mi chica un ratito. ¿Sigue igual?

—Sí, no mejora, pero al menos tampoco empeora. Dicen que cuando salga del coma, habrá que ver en qué condiciones lo hace. Lo malo será contarle lo del bebé.

—Bueno, no nos pongamos negativos, que nuestras Pati, es mucha Pati, y saldrá de esta.

—Por supuesto, sois mis Ángeles de Charlie, y los ángeles son unas guerreras.

—Nos vemos después, bombón.

—Estate tranquila y no te comas la cabeza, ¿vale? Te quiero, cariño.

—Y yo a ti.

Colgué y me fui directa para el cuarto de baño a darme una ducha, después me tomé un café bien cargado y salí para el bufete, había que trabajar.

Capítulo 3



En cuanto salí del ascensor, Sofía sonrió al verme, se puso de pie y me recibió con un abrazo.

—¿Cómo estás? —preguntó, cogiéndome por los hombros.

—Un poco cansada, pero ahí vamos.

—Es que vaya palo, los dos en el hospital. Ya sé por tu padre que Kike está deseando salir de allí, pero, ¿y tu amiga?

—Sigue igual, que es un consuelo porque no empeora, pero no despierta y todos tememos por el bebé.

—Seguro que se pone bien, ya verás.

—Cloe.

Me giré al escuchar que me llamaba Alberto, sonreí despidiéndome de Sofía y fui hacia él.

—Buenos días, Alberto.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, no te preocupes.

—He hablado con David.

—No quiero saber nada de él.

—Lo sé, por eso él se va a encargar del caso del robo en casa del empresario que ibais a llevar los dos, y tú te quedas a cargo del que tenía Kike, colaborando con él.

—De acuerdo, voy a su despacho a ver qué notas tiene.

—La policía se llevó copias de todo lo que encontraron referente a eso, quieren coger cuanto antes a los responsables. Pati es muy querida en su comisaría.

—Lo sé.

—¿Por qué has venido? Vete a casa, descansa, y cuando Kike reciba el alta...

—No, Alberto, no me voy a quedar en casa de brazos cruzados, si puedo ir avanzando un poco en ese caso.

—Como quieras, pero podrías hacer tu trabajo desde casa perfectamente.

—Allí no haría más que pensar, se me acabaría cayendo encima.

—Como tú veas, pero puedes irte cuando quieras.

—Alberto ya tengo... Cloe...

—Voy a ver a mi padre, Alberto, enseguida me pongo con el caso —dije, en cuanto vi a David que se acercaba a nosotros.

—Vale.

Y me fui de allí como si tuviera detrás al Demonio, aunque en ese momento David me lo parecía, la verdad.

Entré en el despacho de mi padre, le saludé y me recibió con los brazos abiertos.

—¿Qué tal, cariño?

—Luchando, que no es poco. Me ha dicho Alberto que me quedo con el caso de Kike, que lo llevaremos los dos cuando él se incorpore.

—Sí, no estuve muy de acuerdo, será exponerte a ti también, pero, confiemos en que no pasará nada, que no volverán a atentar contra vuestras vidas.

—La policía tiene muy vigiladas las habitaciones de Kike y Pati.

—Lo sé, el padre de tu amiga está al mando de todo. Hija.

—Dime.

—¿Crees que haces bien con no contarle a Kike la verdad?

—Por el momento sí, papá. El médico me dijo que, si quería contarle cosas de este último mes, lo hiciera con mucho tacto, no sería bueno crearle una crisis de ansiedad.

—Entiendo, pero no eres feliz, cariño.

—A mi manera lo fui mientras estuve con él, y sé que podré volver a serlo.

—Cloe...

—Papá, no te preocupes, ¿vale? Estoy bien —sonreí, intentando tranquilizarle y que se lo creyera, pero, si ni yo misma lo hacía, ¿cómo quería que él lo hiciera?

Cuando iba hacia mi despacho, me encontré con David en el pasillo, quiso hablar, pero en ese momento le sonó el móvil, y yo aproveché para encerrarme en el de Kike.

La verdad es que se hacía raro que él no estuviera allí, pero en pocos días saldría del hospital y volvería a retomar su rutina.

Miré en el escritorio y, en el montón de carpetas que había, encontré todo lo relacionado con el caso.

Me senté y le eché un vistazo.

La declaración de Pati estaba entre los documentos, al igual que la de algunos compañeros.

Eso me llamó la atención, puesto que Pati no fue la única que vio lo ocurrido y prestó declaración, por lo que no era la única que estaba entre los testigos de Kike.

Eran otros cuatro policías, compañeros de Pati, quienes testificarían en ese caso.

Con la carpeta en la mano, salí para ir a ver a mi padre.

—Tenemos que hablar del caso —dije, abriendo la puerta, y vi que David estaba ahí.

—¿Qué pasa, hija?

—Tienes que ver una cosa, es importante.

Dejé la carpeta sobre la mesa, delante de él, y saqué las declaraciones. Cuando vio lo que era, me miró con el ceño

fruncido y, por su manera de hacerlo, supe que estaba pensando lo mismo que yo.

—Hay más objetivos de esa gente —dijo, cogiendo el teléfono.

Sentía la mirada de David puesta en mí, y aquello me ponía de lo más nerviosa. Le ignoraba, pero era difícil tener que contenerme para no mirarlo y sonreírle como lo había hecho alguna que otra vez, sin que nadie lo notara.

—Buenos días, soy Fernando Hidalgo, del bufete de abogados *Hidalgo y Soler*. Necesito hablar con el Inspector Morales. Claro, espero, gracias —se quedó callado, mirando una y otra vez las declaraciones.

—¿Crees que ya lo saben? —pregunté.

—Deberían, se llevaron copia de todo. Inspector Morales, buenos días. Quería consultarle, de los papeles que se llevaron los agentes que estuvieron en el despacho del abogado al que dispararon, ¿hay copias de las declaraciones de todos los testigos de la redada? —de nuevo, se hizo el silencio, y así estuvo un rato, hasta que volvió a hablar— Si no las tiene, creo que hay un topo en esa comisaría, o más de un agente corrupto. Inspector, la vida de su hija, la de mi abogado y, ahora también la de mi hija, están en juego. Le espero aquí para darle estas declaraciones yo mismo.

Cuando colgó, me miró y supe por esa mirada lo que iba a decir a continuación, pero me adelanté a los acontecimientos.

—No me vas apartar del caso, papá, ni se te ocurra.

—Cloe, no voy a exponer la vida de mi hija ante esta gente —contestó, levantando los papeles.

—No expones nada, no sabrán que yo llevo el caso, tendremos que hablar en el más absoluto secreto con esos agentes, el padre de Pati nos ayudará.

—Cloe, tu padre tiene razón.

—Tú, mejor te callas, que, en este asunto, no tienes ni voz, ni voto.

—No me hables así.

—Te hablo como me da la gana, mentiroso, farsante, imbécil.

—Hija.

—¿Vas a ponerte de su parte, papá? —pregunté, señalando a David.

—Creo que merece la oportunidad de contar su versión.

—Una mentira, esa será su versión.

—Si ni siquiera me has escuchado, no me has dado opción a hablar, te has creído lo que ha contado la prensa. ¿Te has parado a pensar que mi ex no haya dicho nada de eso?

—Me importa una mierda tu ex, tú, y todo lo que tengáis entre vosotros. Fóllatela a gusto que, a mí, no me vuelves a poner un dedo encima.

—Cloe, por Dios —protestó mi padre, que no sabía dónde meterse, y le vi rojo como un tomate por la vergüenza.

Que sí, que el hombre tonto no era y sabía que yo tenía mis escarceos amorosos, pero de saber, suponer o intuir, a que yo lo dijera tan a la ligera, pues había un mundo.

—

a—No voy a dejar el caso, papá, si me apartas, te juro que me busco trabajo en otro bufete, y hay muchos que me quieren.

Cogí la carpeta y salí de allí sin hacer caso a las peticiones de mi padre de que dejara allí todos esos documentos.

¿Los quería? Pues ya sabía lo que tenía que hacer.

—Creo que merece la oportunidad de contar su versión.

—Una mentira, esa será su versión.

—Si ni siquiera me has escuchado, no me has dado opción a hablar, te has creído lo que ha contado la prensa. ¿Te has parado a pensar que mi ex no haya dicho nada de eso?

—Me importa una mierda tu ex, tú, y todo lo que tengáis entre vosotros. Fóllatela a gusto que, a mí, no me vuelves a poner un dedo encima.

—Cloe, por Dios —protestó mi padre, que no sabía dónde meterse, y le vi rojo como un tomate por la vergüenza.

Que sí, que el hombre tonto no era y sabía que yo tenía mis escauceos amorosos, pero de saber, suponer o intuir, a que yo lo dijera tan a la ligera, pues había un mundo.

—No voy a dejar el caso, papá, si me apartas, te juro que me busco trabajo en otro bufete, y hay muchos que me quieren.

Cogí la carpeta y salí de allí sin hacer caso a las peticiones de mi padre de que dejara allí todos esos documentos.

¿Los quería? Pues ya sabía lo que tenía que hacer.

Capítulo 4



Estaba haciendo copias de todos los documentos que tenía Kike sobre el caso para tener varias, en caso de extravío, y las había guardado además en tres memorias de USB y dos tarjetas de memoria.

¿Paranoica? Quizás, pero desde luego este caso iba a ser de los gordos, no me cabía ninguna duda.

—¿Me echas de menos, petardita? —preguntó Gabi, cuando lo llamé.

—Puede. Oye, ¿puedes llamar a Lucía para quedar con ella también a tomar café?

—Claro, le encantará verte.

—Genial, nos vemos después.

—Cloe —miré hacia la puerta y vi que era mi padre—. El Inspector Morales ha llegado.

—Ahora voy. Gabi —me dirigí de nuevo a migo—, te dejo que tengo trabajo.

—Ok, que vaya bien, cariño.

Colgué, terminé de hacer las copias y las guardé todas, menos las que iba a enseñarle al padre de Pati, en el cajón que tenía en mi mesa con llave, debajo de varias cosas.

Cuando entré en el despacho de mi padre, David estaba con ellos, y eso me extrañó mucho, la verdad.

—Buenos días, Roberto —saludé al padre de Pati que, cuando me vio, sonrió y me abrazó.

—Buenos días, hija. ¿Cómo estás?

—Ahí voy, que no es poco.

—¿Y tu novio? Pronto le darán el alta, ¿no?

Vi que David me miraba con el ceño fruncido, sin duda, nadie le había informado de que yo había vuelto con Kike, claro que, si él no se había dignado a venir a hablar conmigo en tres días, ¿qué le importaba lo que hiciera o dejara de hacer yo?

—Sí, deseándolo está para salir de allí.

—Le espera una recuperación lenta y larga, lo sé por experiencia, también recibí un disparo hace años.

—Bueno, ahí estaremos todos para ayudarle —contestó mi padre— ¿Has traído las declaraciones, hija?

—Sí, aquí las tengo.

Se las di al padre de Pati y cuando las vio todas, negó con la cabeza.

—No entiendo por qué no me han dado esto, esos agentes son objetivos clarísimos para esa gente.

—Tal vez no sabían quiénes eran, y necesitaban copias de las declaraciones —contesté.

—¿Quieres decir que Kike solo fue un señuelo? Dispararle a él, como abogado, para tener acceso a esto —dijo mi padre, señalando los papeles.

—Sí. Fueron a por Pati, porque sabían bien quién era, la vieron el día de la redada. Pero si al resto no, necesitaban esos papeles.

—Esto se pone mucho más serio de lo que pensaba —miré al padre de Pati y sacó su móvil para llamar— ¿Línea segura? —preguntó a quien quiera que fuera la persona al otro lado— Bien, tenemos que vernos. Te paso ubicación.

Colgó y poco después, tras mandar la ubicación como había dicho, volvió a mirar los papeles.

—Cloe, te vas a quedar fuera del caso.

—Papá, no me voy a quedar fuera, no insistas.

—Yo estoy de acuerdo con tu padre —dijo David.

—Nadie te ha pedido tu opinión, así que —me llevé el dedo a los labios para hacerle el gesto de silencio, negó y fue a protestar, pero no le dio tiempo porque el padre de Pati volvió a hablar.

—Yo creo que la mejor para llevar el caso, es ella, pero sin que parezca que lo lleva.

—Gracias —le dije.

—Es exponerla innecesariamente.

—David, que te calles, es mi vida, mi trabajo, y decido yo —me señalé con el dedo.

—Está bien, sigues con el caso —contestó mi padre.

—Bien, pues, si me disculpáis un momento, tengo que organizar la carpeta.

—Claro, cuando venga mi contacto, necesito que estés presente, Cloe.

—Llamadme y vendré.

El padre de Pati asintió, David me miraba muy serio, y mi padre se dio por vencido, sabía que yo era igual de cabezota que mi madre, pero también igual que él.

Ni siquiera había terminado de entrar en mi despacho, cuando noté que me cogían por el codo, haciéndome girar mientras escuchaba cerrarse la puerta.

—Dav... —no me dejó hablar, se dio prisa en taparme la boca con la mano para que no gritara.

Me tenía pegada a él, soltó mi brazo y me rodeó la cintura.

—Dime que no es cierto lo que he escuchado —arqueé la ceja y, como mis brazos estaban entre su pecho y el mío, señalé la mano que me cubría la boca, dándole a entender que, de ese modo, poco iba a poder decirle la verdad—. Si te suelto, promete que no vas a gritar —dijo, y volteé los ojos—. Asiente si lo prometes —asentí, y me soltó.

—No tienes ningún derecho a entrar aquí de este modo, así que, por favor, vete.

—No me voy a ir, hasta que contestes. ¿Has vuelto con él?

—Sí.

—No debiste, joder, Cloe, no debiste.

—Tengo mis motivos, es como si el destino quisiera que, antes de poder ver a Kike en esa cama de hospital, tuviera que verte a ti besándote con tu ex en la televisión.

—No tenías que haberlo creído, podías haberme llamado.

—¿Llamarte? ¡Me dio un ataque de ansiedad cuando lo vi! Y menos mal que ya estaba en el hospital y me sedaron, de lo contrario, no sé qué habría hecho —se me saltaron las lágrimas, y eso que no quería llorar delante de él.

—Cloe, pequeña... —Me pegó más a él, apoyando la barbilla en mi hombro mientras me abrazaba con fuerza.

Cerré los ojos y, una vez más, todo ese cúmulo de sensaciones llegaban a mí. ¿Cómo era posible con todo lo que le odiaba? ¿Por qué seguía sintiendo todo aquello?

El olor de su perfume, el calor que desprendía, lo a gusto que me hacía sentir entre sus brazos. Todo me estaba llevando de nuevo a aquellos días en Madrid.

—Suéltame, por favor —le pedí.

—No voy a soltarte, Cloe, no puedo hacerlo.

—Ya lo has hecho, desde el momento en que ese maldito beso salió en la televisión.

—Es todo mentira, es un montaje que han orquestado los abogados de su marido para hacer que el acuerdo de divorcio no tenga validez. Ella tampoco podía serle infiel a él.

—Os estáis besando, por el amor de Dios, que lo he visto.

—Es una foto de antes de separarnos, pequeña, te lo juro.

—Si fuera todo mentira, me lo habrías dicho antes, en vez de esperar tres días.

—Te estoy diciendo la verdad, puedes hablar con ella. Si no te lo dije antes, es porque cuando llegué al bufete el lunes, Sofia me puso al corriente de todo. Quise ir al hospital, pero, ¿qué pintaba yo allí?

—¿Qué pintabas? —pregunté, apartándome— ¿En serio me haces esa pregunta? Acompañar a la mujer a la que dices querer cuando pasa por una tragedia como esa. Mi mejor amiga sigue allí, debatiéndose entre la vida y la muerte, y con un bebé del que no creo que sepa que existe.

—Lo siento mucho, mi vida —dijo, cogiéndome ambas mejillas para secarme las lágrimas con los pulgares.

—No me llames así, no soy nada tuyo.

—Claro que lo eres, Cloe, lo eres todo —se inclinó y me besó.

Aquello despertó a mis más que dormidas mariposas, esas que revoloteaban dentro de mi estómago sin parar.

¿Cómo podía un beso transmitir tanto? Y no era de esos apasionados que me había dado cuando nos acostábamos no, en este había... ¿amor?

No sabría decirlo, pero no quería que siguiera haciéndome más daño, así que me aparté.

—No quiero esto, David, no lo quiero. No puedo seguir sufriendo, no tengo tanta fuerza para resistir el dolor.

—Cloe, no estoy con mi ex, te lo juro.

—Ya no importa, porque yo estoy con Kike.

—¿Por qué? Tú misma dijiste que le quieres, pero como amigo, nada más. No eres feliz con él.

—A mi manera, lo fui, y sé que lo volveré a ser. Tengo que estar con él, ahora no puedo fallarle.

—No lo entiendo, Cloe, de verdad que, por más que lo intente, no puedo entenderlo. No hablas con el corazón.

—No, no habla mi corazón, sino mi razón. Ya te dije que tengo mis razones para estar con él.

—¿Qué razones? —no contesté, me quedé callada secándome esas lágrimas que aún cubrían mis mejillas— ¿Está embarazada, Cloe? —preguntó, haciendo que le mirara con sorpresa— Si es eso, puede ser mío también.

—¡No! No estoy embarazada.

—¿Entonces?

—Kike no recuerda nada del último mes de su vida —contesté, después de unos minutos en los que me debatí entre contárselo, o no hacerlo.

—¿Amnesia?

—Sí, una leve que puede desaparecer en poco tiempo, o no irse nunca.

—¿Me estás diciendo, que puedes pasarte el resto de tu vida, con un hombre al que no amas, porque no recuerda que él mismo rompió contigo?

—Te estoy diciendo que no puedo contarle a Kike, algo que no recuerda que ha pasado. En el caso de que hubiera que contárselo, tendría que ser con mucho tacto.

—No voy a perderte, Cloe, te juro que no voy a permitir que nos separen.

—Todo esto empezó con esa foto, así que, no me digas que no vas a permitir que nos separen, porque ya lo hiciste, tú. Y ahora, vete, por favor.

Conseguí que me soltara, fui hasta mi mesa y me apoyé con ambas manos en ella.

—Sabes que te quiero, lo has visto en mis ojos.

Cuando cerró la puerta, comencé a llorar. No estaba segura de que lo que había visto en sus ojos era que me quería, pero lo que no podía negar era que yo sí lo hacía.

Le quería como nadie podía imaginar, y me dolía la traición que habían visto mis ojos.

Es sabido que una imagen vale más que mil palabras, y de nada me servía que ahora me dijera que era todo una mentira orquestada por los abogados de ese político para no tener que pagarle una fortuna a su esposa por el divorcio.

Si eso era verdad, ¿por qué no había salido ella hablando en la prensa para desmentirlo? No le costaba nada hacerlo, es más, lo podría haber hecho el mismo día que saltó la noticia en las revistas y en la televisión.

Pero no, ella se callaba que era lo más fácil.

Dieron dos golpecitos en la puerta, me sequé las mejillas y di paso.

—Cloe —era mi padre—. Ya ha llegado el contacto del inspector.

—Voy enseguida —ni siquiera me giré.

—Vale, cariño. Solo espero que estés preparada para lo que te vas a encontrar.

Cerró la puerta y me quedé pensando en lo que había dicho, ¿quién sería el contacto del padre de Pati? Desde luego, si lo que mi querido padre quería era dejarme con la intriga, lo había conseguido.

—No voy a perderte, Cloe, te juro que no voy a permitir que nos separen.

—Todo esto empezó con esa foto, así que, no me digas que no vas a permitir que nos separen, porque ya lo hiciste tú. Y ahora, vete, por favor.

Conseguí que me soltara, fui hasta mi mesa y me apoyé con ambas manos en ella.

—Sabes que te quiero, lo has visto en mis ojos.

Cuando cerró la puerta, comencé a llorar. No estaba segura de que lo que había visto en sus ojos era que me quería, pero lo que no podía negar era que yo sí lo hacía.

Le quería como nadie podía imaginar, y me dolía la traición que habían visto mis ojos.

Es sabido que una imagen vale más que mil palabras, y de nada me servía que ahora me dijera que era todo una mentira orquestada por los abogados de ese político para no tener que pagarle una fortuna a su esposa por el divorcio.

Si eso era verdad, ¿por qué no había salido ella hablando en la prensa para desmentirlo? No le costaba nada hacerlo, es más, lo podría haber hecho el mismo día que saltó la noticia en las revistas y en la televisión.

Pero no, ella se callaba que era lo más fácil.

Dieron dos golpecitos en la puerta, me sequé las mejillas y di paso.

—Cloe —era mi padre—. Ya ha llegado el contacto del inspector.

—Voy enseguida —ni siquiera me giré.

—Vale, cariño. Solo espero que estés preparada para lo que te vas a encontrar.

Cerró la puerta y me quedé pensando en lo que había dicho, ¿quién sería el contacto del padre de Pati? Desde luego, si lo que mi querido padre quería era dejarme con la intriga, lo había conseguido.

Capítulo 5



Fui a refrescarme un poco la cara antes de entrar en el despacho de mi padre.

Encontrar allí de nuevo a David me tenía de lo más mosqueada, y es que no sabía por qué tenía que estar él delante, si el caso no era suyo.

—Disculpad la espera —dije cuando entré, el padre de Pati se giró, igual que el hombre que le acompañaba y que estaba de espaldas a él.

Para sorpresa mía, conocía muy, pero que muy bien, a ese hombre.

—¿Miguel?

—Hola, Cloe —sonrió como solía hacer.

Si en ese momento me pinchan, no me sacan ni gotita de sangre. ¿Qué pintaba ese abogado en todo esto? ¿Este es el contacto del inspector? Esto tenía que ser una cámara oculta o algo, porque no entendía nada, pero nada de nada.

—Sabía que te ibas a sorprender, hija —dijo mi padre.

—Hombre, que el abogado que ha estado en la parte contraria en muchos de mis casos, sea el contacto de un inspector de policía de Madrid, pues tú me dirás, papá.

—Muchos de sus clientes son amigos míos, y este hombre es un auténtico investigador, debería haber sido policía y no abogado, por muy bien que le sienten los trajes hechos a medida —contestó Roberto.

—¿Y qué tiene que investigar él, que no pueda hacerlo yo? —pregunté.

—A la policía de la comisaría en la que trabaja mi hija. Estamos todos de acuerdo en que hay una manzana podrida ahí dentro, o varias, y quiero dar con ellas.

—Tengo varios confidentes que me pueden hablar de muchos de ellos, así que, soy vuestro hombre en la sombra.

—Perfecto, Miguel, pues tú investiga a la poli, que yo me encargaré de averiguar algo sobre la gente de esa casa. Los dueños, quiénes vivían en ella, y esas cosas.

—David está contigo en el caso —dijo mi padre.

—¿Cómo? No, ni hablar, el caso es de Kike, y mío.

—Kike cuando se incorpore no podrá hacer mucho, estará convaleciente un tiempo y necesitará descansar. Hará trabajo de oficina, pero David será el encargado de ir casa por casa en esa calle y hablar con los vecinos.

—¿Y si no quieren colaborar, papá?

—Colaborarán, porque junto con vosotros, tendremos un policía de mi equipo que hará fuerza para que la gente hable y cuente todo lo que sepa.

—Vale, pero, a ver, una cosita. Si David se va a encargar de hablar con los vecinos de esa urbanización, ¿yo qué voy a hacer?

—Primero, como has dicho, averiguar todo lo que puedas sobre la gente de esa casa, después, hablar con todos los policías que estuvieron en la redada —contestó Roberto.

—Vale, pues necesitaré los nombres de todos los agentes.

a

—Mañana a primera hora tienes el listado.

—Perfecto. Si no hay nada más de lo que hablar, voy a empezar a hacer averiguaciones.

Salí del despacho y regresé al mío, con la carpeta de caso en la mano, empecé a mirar dónde estaba la casa, pedí una nota simple en el registro por Internet y así pude ver quién o quiénes eran los dueños.

Cuando Roberto se marchó, junto con Miguel, ambos pasaron por mi despacho para despedirse. El padre de mi amiga quedó en que estaríamos en contacto, y Miguel también me dijo que me llamaría.

Sofía vino a traerme un café y, mientras me lo tomaba, recibí una llamada de Kike.

—¿Cómo está la abogada más bonita del mundo? —pregunto, en cuanto descolgué.

—Con el caso que llevabas tú.

—¿El de la redada? ¿Por el que me dispararon?

—El mismo.

—Ni hablar, deja el caso, Cloe.

—Otro como mi padre y David. ¿Por qué os empeñáis en que lo deje?

—Porque no queremos que te pueda pasar lo mismo que a mí. Deja el caso, Cloe, por favor.

—No lo voy a dejar. Estoy harta de hacer siempre lo que considero que es lo mejor para los demás, y no lo que yo quiero.

—No hagas que me presente en el bufete, porque pido el alta voluntaria ahora mismo y me voy de este puto hospital.

—Si sales de esa cama, te juro que te encierro en tu apartamento.

—Por favor, Cloe, haz caso a tu padre.

—Kike, por el momento no voy a hacer nada del otro mundo, solo algunas averiguaciones, así que, tranquilo.

—No me pidas que esté tranquilo cuando a mí, me han disparado, y a tu amiga casi la matan.

—No va a pasarme nada, ¿de acuerdo? Además, el padre de Pati está encargándose de todo.

—No voy a quitarte la idea de seguir con eso de la cabeza, ¿verdad?

—No.

—Joder.

—En unas horitas nos vemos, ¿sí?

—Otra noche a mal dormir aquí conmigo, desde luego, ya te vale.

—Dime una cosa, ¿tú harías lo mismo por mí?

—Sin dudarlo.

—Pues ahí tienes la respuesta. Nos vemos después. Y sé un buen paciente, por Dios.

—Si soy el mejor de todo el hospital, que me lo han dicho las enfermeras.

—Claro, y yo estoy a punto de entrar en el convento, no te digo el otro.

—¿Te me quieres hacer monja y dejarme solo? Muy mal Cloe, muy mal.

—Te puedes buscar otra novia, que en casa de Miranda seguro que habría cientos de mujeres encantadas de estar contigo.

, —Yo no quiero a otras, te quiero a ti.

Aquello sonó tan sincero, tan a Kike antes de mi viaje a Madrid, que me hizo sonreír.

Pero no sentí mis mariposas despertarse, ni tan siquiera con un leve intento.

Me despedí de él, recogí todo cuanto debía llevarme y me fui a comer a casa para organizar todo lo que tenía que hacer.

Y es que tal vez lo que se me había ocurrido era una locura, pero el único modo que veía para mantener todo lo del caso a buen recaudo.

Me serví un plato de pasta de los tupperts que me había dado Manuela el domingo cuando dejé a mi hermana en casa, preparé café y mientras me lo tomaba, preparé tal como había pensado eso que entregaría a gente de mi máxima confianza.

—Pues ahí tienes la respuesta. Nos vemos después. Y sé un buen paciente, por Dios.

—Si soy el mejor de todo el hospital, que me lo han dicho las enfermeras.

—Claro, y yo estoy a punto de entrar en el convento, no te digo el otro.

—¿Te me quieres hacer monja y dejarme solo? Muy mal Cloe, muy mal.

—Te puedes buscar otra novia, que en casa de Miranda seguro que habría cientos de mujeres encantadas de estar contigo.

—Yo no quiero a otras, te quiero a ti.

Aquello sonó tan sincero, tan a Kike antes de mi viaje a Madrid, que me hizo sonreír.

Pero no sentí mis mariposas despertarse, ni tan siquiera con un leve intento.

Me despedí de él, recogí todo cuanto debía llevarme y me fui a comer a casa para organizar todo lo que tenía que hacer.

Y es que tal vez lo que se me había ocurrido era una locura, pero el único modo que veía para mantener todo lo del caso a buen recaudo.

Me serví un plato de pasta de los tuppens que me había dado Manuela el domingo cuando dejé a mi hermana en casa, preparé café y mientras me lo tomaba, preparé tal como había pensado eso que entregaría a gente de mi máxima confianza.

Capítulo 6



Tras una ducha y ponerme ropa cómoda para pasar otra noche en el hospital, salí a la calle para ir a la cafetería donde ya me esperaban Gabi y Lucía, que me mandó un mensaje para avisarme.

—Hola, cariño —dijo Gabi, cuando me vio.

—¿Cómo estás, bonita? —preguntó Lucía.

—Bien, bien. ¿Puedes hacerme un favor, Lucía?

—Claro, dime.

—Llama a Jaime y que venga con Edu, por favor, pero sin uniforme.

—¿Qué pasa?

—Tú llámalo, es importante.

—Vale, está bien, ahora lo llamo —contestó, sacando el móvil de su bolso.

Tras hablar con él, me dijo que llegarían en una media hora, así que nos quedamos hablando de cómo estaba Pati.

Yo no la veía desde el lunes, me dijeron que me quedara con Kike hasta que le dieran el alta, que entre ellos y sus padres se turnaban por el momento para pasar la noche.

Tenía ganas de verla, pero como era ella, sonriente, feliz, y no con todos esos cables y tubos.

—Buenas —saludó Edu, sentándose a mi lado.

—Hola, nena —Jaime besó a Lucía y ella se sonrojó. Desde luego, aunque tuvieran el mismo acuerdo que yo tenía con Miguel, ellos actuaban como si fueran una pareja de verdad. Claro que, tal vez lo eran, pero no habían dicho

nada aún— ¿Para qué querías vernos, Cloe?

—Tengo que pedirlos a los cuatro que guardéis algo que es muy importante.

—¿El qué?

Saqué las cuatro cajitas de joyería, esas en las que había un doble fondo porque guardabas un colgante y la cadena quedaba escondida debajo de la almohadilla donde iba colocada.

Le entregué una a cada uno y me miraron con cara de no entender.

—Abridlas, pero no digáis nada —les pedí, y eso hicieron.

En cada una de ellas había un cordel de cuero negro con una inicial de acero. Una tenía la G, otra la L, en otra estaba la J y, en la última, la E.

—Qué bonito, pero, ¿esto es lo que tenemos que guardar? —preguntó Lucía.

—Sí, podéis llevarlo puesto, o usarlo como un llavero, que también se puede.

—No entiendo nada —contestó Gabi.

—En vuestras manos tenéis todo lo que Kike tenía sobre el caso de la redada —dije, mirando a Jaime y Edu, en tono bajo—. Entre los documentos, hay declaraciones de policías que vieron a quienes dispararon aquella noche, igual que Pati.

—Pero, el padre de Pati no nos ha dicho nada de eso.

—Porque a él nunca le llegaron esas copias, Jaime. Algún policía de vuestra comisaría, quería saber quiénes iban a declarar para, igual que hicieron con Pati, evitarlo.

—Qué hijos de...

—Edu, tranquilo —le pidió Jaime.

—Guardaré esto, Cloe, pero sabes que lo voy a ver, ¿verdad? Necesito saber quiénes más están en el punto de mira de esa gente, son mis compañeros.

—Lo sé, Edu, y el padre de Pati se encargará de que los tengan bien vigilados. Kike no era un objetivo, pero ^anecesitaban que él estuviera fuera del bufete para recabar toda esa información.

—Madre mía, ahora voy a ser una espía —dijo Lucía.

—Y más vale que seas de las buenas, porque a ti te voy a necesitar para algo muy importante.

—Lo que sea, tú pide por esa boquita.

—Ya te lo diré, tengo que planearlo todo muy bien.

—No te pongas en peligro, Cloe.

—Tranquilo, Gabi, que sé cuidarme.

Tal vez la estaba cagando, quizás no había pensado bien en quien debía guardar esos documentos, pero eran mis amigos, gente de confianza, y sabía que podía contar con ellos.

Terminamos de tomarnos unas cervezas y fuimos todos al hospital para ver a Pati.

Seguía estado ahí, inmóvil en esa cama, pero al menos su corazón no había vuelto a dejar de latir.

Sabía que se aferraba a la vida como lo hacía su bebé, que no quería dejar todavía este mundo, y que quería darle la posibilidad de nacer a ese pequeñín que llevaba en su vientre.

La madre de Pati me abrazó diciéndome que pronto tendríamos a nuestra chica dando guerra de nuevo, y sabía que así sería.

—Sigue luchando, cariño —comencé a susurrar cuando me acerqué a la cama—, pero despiértate pronto por favor, que te echamos de menos, y a mí me haces falta, mucha falta. Te quiero, mosquetera —le besé la frente y, tras despedirme de todos, fui hasta la habitación de Kike.

El hospital estaba lleno de policías, el padre de Pati se había encargado de meter a varios como infiltrados, simulando ser celadores e incluso pacientes. A estos últimos los tendría que rotar pronto, pero bueno, de eso ya se encargaría él.

—¿Cómo está el mejor paciente de todo el hospital? —pregunté al entrar, y lo encontré mirando su Tablet.

—Con ganas de irse a casa. ¿Te he dicho que odio la comida del hospital? Lo más rico es el yogurt y no me dejan comerme dos —protestó.

—Cuando salgas, te prometo que te llevo a comer un buen chuletón.

—Oh, por favor, eso son palabras mayores.

—¿A qué hora se fue tu madre?

—Pronto, y porque la obligué, otra que no me hace caso. Vaya dos mujeres de mi vida —rio.

Yo sonreí, pero sabía que esa no era ni la mitad de buena y convincente que la mía de siempre.

—¿Está todo bien, preciosa?

—Sí, es solo que hoy el día en el bufete ha estado lleno de sorpresas.

—¿Qué ha pasado? Ven —dio golpecitos en su cama—, acuéstate conmigo.

—Como me quede dormida, no te vas a poder ni mover —reí.

—Bueno, ya llamaré a las enfermeras para que te lleven a la cama.

—Y serás capaz.

—Claro, para que estés cómoda, no porque no quiera que duermas a mi lado. Venga, cuéntame, ¿qué novedades tenemos en el bufete, además de que te vas a hacer cargo de mi caso?

—Ya no es tu caso.

—¿Cómo?

Le conté la decisión de mi padre de que él se quedara en el bufete con temas de oficina cuando recibiera el alta, a regañadientes acabó accediendo, pero porque sabía que le costaría volver a llevar una vida como la de antes.

Le dije que Miguel, el abogado contrincante en mis juicios conocía al padre de Pati, y se quedó a cuadros.

Me pidió que tuviera mucho cuidado con todo lo que fuera a investigar, que tuviera mil ojos y sospechara hasta de mi sombra, pero, sobre todo, que, en cuanto viera algo fuera de lo común, llamara al padre de Pati para que enviara a la policía y yo me quedara en un lugar seguro donde pudiera verme mucha gente.

Kike me abrazaba y yo estaba apoyada en su pecho, me sentía tan cómoda, tan a gusto, que acabó vencíendome poco a poco el sueño, y lo último que recuerdo, es a él hablándome.

—Te quiero mucho, preciosa, no lo olvides nunca.

Capítulo 7



Cuando desperté, notaba que me acariciaban el brazo, abrí los ojos y me encontré con la sonrisa de Kike, a pesar de estar casi a oscuras la habitación, puesto que comenzaba a amanecer.

—Buenos días —susurró, antes de darme un beso.

—Buenos días. ¿He dormido en tu cama?

—Ajá —volvió a sonreír.

—Por Dios, que estás herido.

—Herido, no momificado —rio.

—Tenías que haberme despertado —contesté, incorporándome.

—¿Y lo bien que has dormido? Me dirás que no, que prefieres esa cama fría de hospital, teniéndome a mí de almohada.

—¿Me he movido mucho?

—No, tal cual te quedaste, así has pasado la noche. Estás agotada, preciosa —dijo, acariciándome la mejilla.

—¿Tú has dormido? Porque si no lo has hecho por mi culpa, me doy dos tiros.

—He dormido lo suficiente, tranquila.

En ese momento nos quedamos mirándonos el uno al otro, como tantas veces había pasado después de que nos acostáramos, antes de que él se marchara a casa.

Y fui yo quien lo besé.

Sí, me nació así, me apeteció en ese momento besarle. ¿Sería que estaba últimamente más sensible de lo normal? ¿Tal vez que esa mañana me había despertado llena de amor y felicidad?

No sabía el motivo, solo que hice lo que en ese instante me pedía el corazón.

Kike me abrazó con fuerza, enredó los dedos en mi cabello y el beso empezó a cobrar más intensidad.

Cuando me cogió por la cintura, colocándome a horcajadas sobre él, gemí al notar en mi entrepierna la prominente erección que tenía Kike. Fue entonces cuando me aparté, con las manos sobre sus hombros, y le miré.

—Mejor será que paremos, que este no es el mejor lugar para que tú estés así —dije.

—Estoy deseando salir de aquí. Te juro que la primera noche la paso contigo, no puedo tener desatendida a mi chica tanto tiempo.

—¿Qué dices? No seas bobo, anda, que puedo esperar lo que haga falta —contesté.

Y lo hice porque sí, porque podía esperar, porque por mucho que con él tuviera buen sexo, cuanto más lo retrasara mejor. La posibilidad de que recobrase la memoria seguía ahí, así que, si eso sucedía, tendría que estar preparada para ello.

—¿Te quedarás en mi apartamento unos días? —preguntó, colocándome el cabello tras las orejas.

—Ya oíste a tu madre, quiere que te quedes en su casa.

—Ya, pero no me voy a quedar. No me va a dejar hacer nada, me obligará a estar metido en la cama todo el día.

—Encima que lo que quiere esa pobre mujer es que descanses. Desde luego... —le reñí.

—Y descansaré, pero quiero que tú estés conmigo. Echaba de menos el dormir juntos, no puedes quitar eso también —hizo un puchero, y me tuve que reír.

Al final, en un movimiento rápido, me acercó a él y volvió a besarme.

A mi mente vinieron esos momentos en los que, a pesar de ser un hombre maduro, se mostraba tan juguetón conmigo. Esa parte de Kike me encantaba.

Me tumbé poco después de nuevo en la cama, él me abrazó y comenzó a acariciarme el cabello.

Cerré los ojos y me dejé llevar por los recuerdos, esos bonitos momentos que había vivido con el hombre que tenía al lado.

Suspiré y me pregunté por qué la vida nos pone a personas como él en el camino, personas que sienten, cuidan y protegen, que hacen cualquier cosa por hacernos felices, pero nuestro corazón no les corresponde.

Cuando el sol comenzó a entrar aún más por la ventana, me incorporé para levantarme y vi a Kike dormido. Se le veía tranquilo, en paz, y quise que mis sentimientos por él hubieran sido los mismos que él dijo que tenía hacia mí, pero no había sido así en meses, y mucho me temía que no sería así ahora.

e

Tendría que hablar con él y contarle poco a poco la verdad, no era justo que él siguiera creyendo algo que ya no había.

Me levanté, cogí el móvil y, como lo silenciaba por la noche, vi que tenía un mensaje de mi padre.

Papá: *Cariño, he hablado con el Inspector Morales, y hemos acordado que empieces a hablar con los agentes que declararon el día de la redada, a partir del lunes. Descansa el fin de semana. Te quiero.*

Pues con eso quería decir que me daba el viernes libre para no ir a bufete, así que, genial, seguiría trabajando desde casa.

Como cada mañana, la madre de Kike entró en la habitación, pero él seguía dormido, así que sonrió al verme, me dio un beso y, tras dejar sus cosas en el sofá, salimos fuera para hablar.

—¿Cómo ha pasado la noche, hija?

—Bien, ha dormido bien, solo que nos despertamos un poco antes de que amaneciera, estuvimos hablando, y después volvió a quedarse dormido.

—No sabes cómo te agradezco que hagas todo esto, de verdad. Pero no quiero que te obligues a estar con él, Cloe

—No te preocupes, que lo arreglaremos todo poco a poco, de verdad.

—Venga, entremos y te tomas el café calentito —dijo, colgándose de mi brazo.

La verdad es que esa mujer era encantadora, y a pesar de que supiera que su hijo había roto con lo nuestro, entendía mi posición en momentos como ese.

Cuando entramos Kike ya estaba despierto, desayuné con ellos como los días anteriores, y poco antes de que me marchara entró el médico.

—¿Cómo te encuentras, Kike? —preguntó, acercándose a la cama.

—Con unas ganas locas de salir de aquí, doctor.

—Pues estás de suerte, te damos el alta y puedes marcharte esta tarde.

—¡Al fin! Deseando estoy de pillar mi cama, y no digamos comer algo con sal.

—Lo entiendo, pero debes seguir nuestras indicaciones. Nada de esfuerzos, ¿entendido? Si se suelta algún punto de sutura, vienes de inmediato. Y ya sabes, las curas que sean frecuentes, como aquí. La próxima te pasas por aquí y revisamos que esté bien, en un rato te traen el parte de alta y la cita para la revisión.

—Perfecto, gracias.

En cuanto salió el médico de la habitación, Kike gritó con una euforia que casi nos deja sordas a su madre y a mí.

—¿Has oído al médico, hijo?

—Sí, que me voy esta tarde, a disfrutar del fin de semana en casita.

—Este chico no tiene remedio. Me refiero a lo de las curas. Tienes que venirte a casa, que así puedo atenderte mejor.

—Mamá, que tampoco es tan complicado, he visto cómo lo hacen, me las puedo arreglar solo.

—¿Qué dices? No seas bruto, anda. Tú solo no vas a poder, hijo.

—Podré.

—Este fin de semana me voy contigo —dije, y él me miró como sorprendido—. Así me echas una mano con el caso, y el lunes te llevo yo al bufete. Tú, conducir, hasta que eso no mejore, olvídate.

—Me tengo que olvidar de tantas cosas por no tener suficiente movilidad en el brazo, que ojalá esos cabrones no me hubieran disparado.

—Bueno, paciencia, que en nada estás totalmente recuperado.

—Eso espero, preciosa. Venga, vete a casa, descansas un poco y luego nos vemos, ¿vale?

—Sí, voy a coger ropa para estos días, y todo lo del caso. Paso a buscarte esta tarde —lo besé antes de despedirme de su madre también y salí para ir a ver si Gabi aún seguía con Pati.

Cuando entré en la habitación, ahí estaban él y la madre de nuestra amiga charlando.

—Buenos días.

—Hola, hija. ¿Cómo está tu novio? —preguntó ella.

—Bien, le dan hoy el alta, así que esta tarde lo llevo para casa.

í—Eso está bien, me alegro.

—¿Y Pati? —Me acerqué a la cama y le cogí la mano a mi amiga, la miré y esperé que reaccionara de algún modo, pero no lo hizo.

—Ya ves, sigue igual —contestó su madre.

—Cariño —susurré inclinándome—, te estamos esperando todos para que nos mires con esos ojazos, y nos sonrías, así que, despierta que ya llevas muchos días descansando. Además, ¿sabes que el lunes te van a hacer una nueva ecografía para ver cómo va el bebé? —le dije, porque me lo había contado el día antes una de las enfermeras que la atendía—. Tienes que estar despierta para ver a ese guisantito que tienes ahí, ¿me oyes? Sé que puedes oírme, así que, por favor, despierta pronto, Pati.

Le besé la frente y, antes de que me pusiera a llorar, me alejé de la cama.

Gabi ya se marchaba también, así que nos despedimos de la madre de Pati y salimos juntos del hospital.

—¿Café y bollo? —preguntó, cuando llegamos a los coches.

—Eso no se pregunta —reí.

Quedamos en vernos en la cafetería cerca de mi casa, así no me iba después muy tarde a casa.

Una vez allí, me dijo que ese fin de semana iría Mario a verle, me alegré por él y le dije que antes de que regresara a Madrid quería saludarlo, así que quedamos en que me llamaría para tomar café el domingo, puesto que se volvía en el vuelo de las nueve de la noche.

—Así que le dan el alta a Kike.

—Sí, luego le recojo para llevarle a su apartamento, me quedará con él estos dos días.

¿

—Cloe...

—No, Gabi, no me digas nada, que todo lo que vayas a decir, ya lo sé.

—¿Por qué no le dices la verdad?

—No está en condiciones de que le confiese nada, por el momento.

—Bueno, cómo y cuándo tú decidas hacerlo, ahí estaremos los demás para apoyarte.

—Gracias.

Tras ese desayuno rápido, nos despedimos y regresé a mi casa. Lo primero que hice fue darme una ducha de esas que te dejan como nueva, saqué a descongelar un tupper de los que me dio Manuela, y me puse a revisar todo lo que tenía del caso mientras me tomaba otro café.

Que alguien en la comisaría de Pati hubiera querido perder esas declaraciones a propósito para poder facilitarles los nombres a quienes dispararon a Kike, y casi matan a mi amiga, no me entraba en la cabeza, era algo ¡incomprensible.

Estaba terminando de revisar toda la documentación que tenía, cuando llamaron a la puerta y, al abrir, no podía creer que él estuviera allí.

—¿Por qué no le dices la verdad?

—No está en condiciones de que le confiese nada, por el momento.

—Bueno, cómo y cuándo tú decidas hacerlo, ahí estaremos los demás para apoyarte.

—Gracias.

Tras ese desayuno rápido, nos despedimos y regresé a mi casa. Lo primero que hice fue darme una ducha de esas que te dejan como nueva, saqué a descongelar un tupper de los que me dio Manuela, y me puse a revisar todo lo que tenía del caso mientras me tomaba otro café.

Que alguien en la comisaría de Pati hubiera querido perder esas declaraciones a propósito para poder facilitarles los nombres a quienes dispararon a Kike, y casi matan a mi amiga, no me entraba en la cabeza, era algo incomprensible.

Estaba terminando de revisar toda la documentación que tenía, cuando llamaron a la puerta y, al abrir, no podía creer que él estuviera allí.

Capítulo 8



—¿Qué haces aquí, David? —pregunté, intentando que no entrara en casa.

—He venido a hablar del caso.

—No hay nada que hablar, yo llevo la parte fácil, ¿recuerdas?

—Cloe, por favor.

—No, márchate, no quiero verte.

Hice el intento de cerrar la puerta, pero al ver que la sujetaba con la mano, paré en seco para no pillársela, solo me habría faltado eso.

—Déjame pasar, Cloe.

—Mira, pasa, pero te vas rapidito que tengo que salir —dije, volviendo al salón.

—¿Para ir a ver a tu novio? —preguntó con retintín.

—Pues sí, le dan hoy el alta.

—Me alegro de eso.

—Di lo que tengas que decir, y vete.

David se sentó en el sofá, a mi lado, y sacó su móvil del bolsillo de la chaqueta. Le vi trasteando con él mientras yo seguía tomando notas de algunas preguntas que podría hacerles a los agentes.

—He hablado hoy con un par de vecinos.

—¿Y? —pregunté, sin mirarle.

—La casa hace años era de una familia muy querida en la zona, la vendieron...

—Eso lo sé, hace exactamente tres años que la compró el actual propietario. ¿Sabes quién es?

—No, nadie ha sabido decirme de quién se trata. Ningún vecino lo ha visto, es como si el tío no existiera.

—Porque realmente no existe.

—¿Cómo dices?

Cogí la nota simple que imprimí el día anterior cuando me llegó al correo, y se la enseñé.

—La casa está a nombre de una empresa, con sede en Londres, he estado investigando un poco. ¿Sabes quiénes son socios de esa empresa?

—Ni idea.

—¿Te suenan de algo los nombres Bruno Pérez y Leandro Arribas?

—Espera, espera. El cliente del caso que teníamos nosotros, a quien habían entrado a robar en su casa, ¿es socio de la empresa propiedad de esa casa?

—Efectivamente, y su socio también.

—Joder. ¿Y si el robo en su casa fue porque alguien pensó que ahí podría tener algo? Imagino que sabrán que tiene conexión con esa casa y, si conocen lo que hacen en ella.

—Lo he pensado, pero esto hay que hablarlo con la policía. Solo son sospechas por el momento.

—El lunes se lo decimos al inspector.

—Sí, lo tenía en mente.

David se puso en cuclillas a mi lado, y me cogió la mano. Le miré sin entender, hice el intento de que me soltara, pero no lo conseguí.

—Tienes que ver esto, Cloe —dijo, mostrándome en su teléfono la foto que había visto en televisión.

—¿Qué pretendes? ¿Torturarme más con ella?

—Por favor, mira bien la foto.

—No sé para qué quieres que haga eso.

—Cloe, mira al fondo.

Me fijé bien en la maldita foto, incluso le quité el móvil de la mano para ampliarla.

Al fondo podía ver a su primo Alberto, junto a su esposa, y un cartel en el que podía leerse “Feliz medio siglo”.

—Esa foto es del cumpleaños de mi primo, hace tres años. En la prensa no se ve nada más que a nosotros. Cloe, tienes que creerme, por favor.

Quería, claro que quería creerle, pero esa foto podía ser un montaje.

Cuando me quitó el móvil para llamar a alguien, y luego lo dejó en la mesa con el manos libres puesto, me quise morir al ver que estaba llamando a su ex.

—Dime, David —sonó normal, como quien descuelga la llamada de un compañero de trabajo, vamos.

—Estás en manos libres, Cloe también te escucha.

—Hola, Cloe —esa vez, su tono de voz tenía una ligera sonrisa.

—Hola.

—¿Puedes explicarle lo de la foto, por favor? —le pidió David, que no dejaba de mirarme.

—Claro, no tengo nada que esconder. Esa foto es de hace unos años, pero el cabrón de mi marido la usa ahora para hacer ver al mundo que yo soy la infiel, y no él. Menos mal que cuento con un buen bufete de abogados para contraatacar. Hazme caso en una cosa, Cloe, no creas todo lo que sale en la prensa del corazón. Muchas de esas noticias, o son mentiras de los propios periodistas, o de gente que lo único que quiere es hacer daño a otros.

David me miraba y sonreía, pero yo no terminaba de creerlo.

Se despidió de su ex y se quedó en el mismo sitio, solo que ya no me miraba.

—Sigues sin creerlo —dijo, poniéndose en pie.

—¿Qué habrías pensado tú si me vieras en la televisión con un ex?

—Antes de hacer conjeturas, te habría preguntado.

—Como buen abogado, ya veo. Pero como hombre que dice querer a otra persona, ¿también me habrías preguntado? ¿O habrías pensado lo mismo que yo? Que había estado jugando contigo.

—En Madrid te pregunté si te habías acostado con él, eso se me pasó por la cabeza porque cuando fuimos a ese viaje, tenías algo con Kike. Pero te pregunté porque quería estar seguro de que no me había equivocado al decirme a mí mismo, una y otra vez, que no harías nada. Hasta mi ex me quitó esa idea de la cabeza, ella vio en tus ojos lo mismo que en los míos.

—¿Y qué es lo que vio, si puede saberse?

—Dolor al verme con ella, y amor cuando me mirabas a mí.

Aquello me dejó sin palabras, porque desde luego que, cuando vi a David con su ex, sentía un dolor inmenso en el pecho, como si cientos de cuchillos se clavasen en él.

Me fui hacia la cocina a por un vaso de agua, necesitaba pasar el nudo que tenía en la garganta, ese que se iba haciendo cada vez más grande porque quería llorar, y al mismo tiempo debía mostrarme lo más entera posible delante de él.

Me apoyé en la encimera, y fracasé en el intento de no llorar.

Comencé a sentir las lágrimas cayendo por mis mejillas mientras pensaba en lo que me había dicho la ex de David. Si era cierto que no había nada entre ellos, no me perdonaría el no haberle preguntado.

Pero claro, cuando ves una imagen que habla por sí sola, con el hombre que tantas veces te ha besado y te ha tocado, besando a otra, ¿cómo no vas a pensar que te ha engañado?

—No llores, pequeña, que me mata verte así —susurró David, abrazándome desde atrás, quedando tan pegado a mí, que sentía el calor que tanto extrañaba de su cuerpo.

Aquello hizo que llorara aún más, y es que el volver a sentirlo tan cerca era lo que había necesitado el lunes, el fatídico lunes en que mi vida dio un nuevo cambio.

—Cloe —murmuró, besándome el cuello.

Me estremecí por completo y quise que siguiera, tanto o más como quería que se apartara.

¿Quién me entendía en ese momento?

David siguió dejando cortos besos en esa parte tan delicada, él lo sabía, por eso lo hacía, y yo estaba haciendo acopio de todo el valor del que disponía en ese preciso instante para no hacer el más mínimo movimiento, o emitir sonido alguno, que pudiera darle pie a algo más.

—Dime qué hago, Cloe. ¿Me marcho, o me quedo y sigo? —susurró, con esa voz sugerente que tan bien recordaba.

e

Los segundos pasaron y yo seguía sin decir nada, ni una sola palabra salía de mis labios.

Quería que se fuera, que no volviera a buscarme nunca más, estaba dolida. Pero quería que se quedara y me hiciera sentir todo aquello que solo él conseguía.

Porque mi cuerpo reaccionaba a sus caricias y sus besos, como no lo hacía con Kike.

l Cuando David supo que no iba a contestar, aceptó mi silencio como señal de que quería que se fuera, y se apartó.

Sentí un vacío tan grande, tan doloroso, que antes de que llegara a la puerta, hablé.

—No te vayas —murmuré, pero no me había escuchado puesto que oí cómo abría la puerta—. David, no te vayas —le pedí, un poco más alto, pero la única respuesta que obtuve, fue el sonido de la puerta al cerrarse.

David siguió dejando cortos besos en esa parte tan delicada, él lo sabía, por eso lo hacía, y yo estaba haciendo acopio de todo el valor del que disponía en ese preciso instante para no hacer el más mínimo movimiento, o emitir sonido alguno, que pudiera darle pie a algo más.

—Dime qué hago, Cloe. ¿Me marcho, o me quedo y sigo? —susurró, con esa voz sugerente que tan bien recordaba.

Los segundos pasaron y yo seguía sin decir nada, ni una sola palabra salía de mis labios.

Quería que se fuera, que no volviera a buscarme nunca más, estaba dolida. Pero quería que se quedara y me hiciera sentir todo aquello que solo él conseguía.

Porque mi cuerpo reaccionaba a sus caricias y sus besos, como no lo hacía con Kike.

Cuando David supo que no iba a contestar, aceptó mi silencio como señal de que quería que se fuera, y se apartó.

Sentí un vacío tan grande, tan doloroso, que antes de que llegara a la puerta, hablé.

—No te vayas —murmuré, pero no me había escuchado puesto que oí cómo abría la puerta—. David, no te vayas —le pedí, un poco más alto, pero la única respuesta que obtuve, fue el sonido de la puerta al cerrarse.

Capítulo 9



Se había ido, eso fue lo que comprobé cuando me giré y vi que no estaba allí.

Me dejé caer al suelo, apoyada en el mueble de la cocina y, abrazándome las rodillas, lloré aún más fuerte.

No me entendía ni yo misma, no quería sufrir, pero tampoco podía estar sin él.

¿El amor era así? ¿Te hacía querer a otra persona aun cuando tú creías que te había hecho el mayor daño de todos?

¿Era capaz de ponerte en la cumbre de la más absoluta felicidad, para hacer que cayeras de golpe desde ese precipicio?

En ese momento deseé que mi madre estuviera conmigo, para que me acunara y consolara como lo había hecho otras veces.

Sonó el timbre de casa, pero no quería abrir, solo quería estar ahí, abrazándome a mí misma, llorando mi dolor, dejándolo salir, como solía decir Gabi.

Pero el timbre seguía sonando de manera insistente, así que no tuve más remedio que levantarme e ir hacia la puerta secándome las lágrimas, cualquiera que me viera en ese estado pensaría que me acababan de dar una mala noticia.

Abrí la puerta, y no me dio tiempo a reaccionar cuando David, ya estaba cogiéndome en brazos, besándome, y cerrándola de una patada.

Fue conmigo hasta la habitación, donde me recostó en la cama y fue quitándome la ropa tan rápido que me estaba quedando sin palabras.

Me besaba con pasión, con urgencia, como si quiera que de ese modo se supiera que era suya, que solo él podía besarme, tocarme y hacerme sentir mujer.

Igual de rápido que se deshizo de mi ropa, se encargó de la suya, quedando los dos desnudos sobre mi cama, besándonos con la necesidad de dos jóvenes amantes que se ven a escondidas de sus padres.

Nuestras manos recorrían el cuerpo del otro sin cesar, acariciando, tocando y, en mi caso, dejando algún leve arañazo que no podía controlar cuando las pasaba por su espalda.

Comenzó a bajar besándome el cuello, se detuvo un instante en mi vientre mientras me miraba, y continuó hasta mi sexo, donde comenzó a pasar la punta de la lengua despacio, muy despacio, para acabar retirándola rápido, haciéndome gemir, y volviendo a empezar.

Cuando me tenía muy excitada, llevó una mano a mi pecho, masajeándolo y pellizcando el pezón, mientras no dejaba de jugar con mi clitoris, ese que mordisqueaba levemente, sacándome chillidos por ese estado al que me había llevado.

Para completar el momento y ayudar a que enloqueciera un poco más, noté que me penetraba con el dedo, rápido y fuerte, parando cada poco tiempo y poniéndolo a modo de gancho en mi interior, tiraba hacia él, lo que hacía que yo gritara aún más.

?

Notaba cómo se iba acercando el momento, ese en el que dejaría salir todo lo que sentía, todo lo que David había provocado en mi interior, y alcanzaría el clímax de la mano de ese hombre que me llevaba a tocar el cielo, sin salir de la cama.

Y lo conseguí.

Temblorosa y jadeante, agarrándome a las sábanas, grité mientras un intenso orgasmo atravesaba mi cuerpo.

David se colocó entre mis piernas, me miró a los ojos y, sin apartarlos de los míos, comenzó a penetrarme lentamente, mientras yo notaba cómo se abría paso hasta adentrarse en lo más profundo de mi ser.

Me besó y sentí que empezaba a mover las caderas, entrando y saliendo tan despacio, que no quise que ese momento acabara.

Quería tenerle así, besándome mientras nos entregábamos el uno al otro en ese acto de amor.

Porque ese momento, como en muchos otros de los que habíamos compartido antes, no era simple sexo, no era solo un momento de atracción que nos hacía caer en la tentación que significábamos el uno para el otro.

No, era mucho más que eso.

Era amor, cariño, complicidad, saber lo que el otro haría o necesitaba cada segundo que estábamos juntos.

Quería a David, de eso ya no tenía la menor duda, y estuve a punto de decírselo mientras me hacía sentir que era su mujer, mientras me colmaba de besos y caricias, pero me contuve.

Le abracé con fuerza, sintiendo el latido de su corazón casi al mismo ritmo que el mío, envuelta en esa nube de pasión, deseo y necesidad que nos acompañaba en ese momento.

Y sabía que después me dolería cuando nos separáramos, pero en ese instante, donde mi corazón estaba hablando y dejando salir todo lo que había callado esa semana por el dolor que sentía, me aferré a lo que estábamos compartiendo, sin que me importara el después, el mañana, o el qué dirán.

—Te necesito, Cloe, te necesito a mi lado, pequeña —murmuró entre besos.

Poco después, ambos alcanzamos el clímax y nos quedamos abrazados en la cama.

No quería moverme, tan solo deseaba poder cerrar los ojos y que el mundo se detuviera.

Tras el momento de pasión, me llegó el golpe de realidad cuando escuche que sonaba mi móvil en el salón. David se apartó, me levanté cogiendo la camiseta, esa que fui poniéndome mientras caminaba, y al llegar vi en la pantalla el nombre de Kike.

r

—Dime —contesté, tratando de que no me notara muy acelerada.

—No te olvides de este pobre hombre convaleciente, que ya me dieron el alta y tengo ganas de salir de este sitio.

—No, tranquilo, termino unas cosas, y me preparo para ir.

—Vale preciosa, no olvides traerte ropa.

—No, no. Nos vemos.

Colgué y, al girarme, David estaba terminando de ponerse la chaqueta.

—Me marchó, que tienes que irte con tu novio.

—Espera.

—No, Cloe, no voy a decirte lo que tienes que hacer.

—¿Qué es lo que quieres de mí, David? Porque no lo entiendo, ¡no lo entiendo! Después de unos días increíbles juntos, me encuentro con que estás con tu ex. Me decís que es todo un plan urdido por su marido y, ¿me lo tengo que creer? Acabamos acostándonos, otra vez, y tienes el valor de soltar por esa boca que no vas a decirme lo que

tengo que hacer. ¿Qué más quieres de mí, aparte de sexo? —grité, mientras él me daba la espalda, junto a la puerta.

—Quiero amarte.

Fue lo único que dijo, después abrió la puerta y se fue como si no hubiera pasado nada.

Y ahora y tenía que enfrentarme a pasar un fin de semana con Kike, ese hombre al que quería, sí, pero como el amigo que siempre había sido.

Empecé a llorar y volvió a sonarme el móvil.

—Dime, papá.

—¿Estás llorando, cariño? —preguntó, y como no podía mentirle, porque era la persona que mejor me conocía, lloré aún más fuerte.

—Sí.

—¿Dónde estás? ¿Va todo bien?

—En casa, se acaba de ir David.

—Entiendo. Y, supongo que... bueno, ya sabes.

—Sí, papá, me he acostado con él, y ahora tengo que ir a recoger a Kike para llevarlo a su apartamento y quedarme allí estos días para ayudarle a que se habitúe a estar solo y manejarse con un brazo.

—Tienes que hablar con él, hija, no puedes seguir así.

—No quiero que colapse, papá.

—Lo sé. Bueno, te llamaba para que vinieras a comer mañana, pero si vas a estar con Kike...

—Ya iré el lunes, ¿vale?

—Claro cariño, cuando tú quieras.

Nos despedimos, fui a preparar una bolsa con ropa para el fin de semana y el lunes, ya que íbamos directos desde su casa al bufete, me di una ducha rápida y tras ponerme unos leggins y el jersey, salí para el hospital.

Capítulo 10



Cuando entré en la habitación de Kike, ya estaba esperándome vestido.

—Siento el retraso, me pilló atasco.

—No te preocupes, me ha ayudado una enfermera a vestirme, pero muy poco, se me ha dado bien hacerlo solo.

—Ah, eso está bien. ¿Nos vamos? —pregunté, cogiendo la bolsa con las cosas que le había llevado su madre esos días.

—¡Sí, por favor! Estoy deseando salir de aquí.

—Venga, anda, quejica.

—Si hubieras comido lo que yo, también querrías salir de aquí.

La verdad es que le entendía perfectamente, porque cuando somos pequeños y nos ponemos malos, nuestras madres solo nos dan sopas y cremas, por no hablar de los jarabes con un sabor un poquito raro. Así que, el que estuviera deseando comer algo que no fuera comida de hospital, no era de extrañar.

—¿Quieres comida grasienta? —pregunté, cuando me pasó el brazo por los hombros.

—¿Pizza o hamburguesa?

—Tú eliges —reí.

—Entonces, pizza, que la puedo comer mejor con una mano.

—No se hable más, nos vamos a la pizzería del centro.

—Tú sí que sabes, preciosa —me besó la mejilla mientras caminábamos por los pasillos del hospital— ¿Cómo

está Pati?

—Sigue igual.

—¿Has ido a verla?

—Estuve esta mañana.

—Pues vamos otra vez, antes de irnos.

—¿Seguro? Que quieres salir de este sitio como si fuera el infierno.

—Es el infierno, o una de sus muchas salas, te lo aseguro. Venga, vamos a verla.

Sonreí agradecida porque tuviera ese gesto.

Cuando llegamos a la habitación donde mi amiga seguía conectada a las máquinas, su madre me recibió con una sonrisa y le presenté a Kike.

—Siento lo de su hija, de verdad. Ninguno de los dos pensamos que pudiera llegar a ocurrir esto —dijo Kike, al ver las condiciones en las que estaba Pati.

La hinchazón del rostro se le había bajado bastante, y los moratones también empezaban a mejorar, pero seguía tan quieta que, si no fuera por el respirador artificial que la mantenía entre nosotros, es como si estuviera muerta.

Nos quedamos un rato haciendo compañía a la madre de Pati, que, para pasar el tiempo en ese sillón, se había llevado la Tablet para leer, y le leía todas las tardes un poco a mi amiga.

Sabía que podía escucharnos cuando le hablábamos, y decía que así no se sentía tan sola en el lugar en el que estuviera.

Antes de marcharnos, volví a hablarle a mi amiga, solo esperaba que me hiciera caso.

—Quiero que estés despierta el lunes, porque voy a venir para la ecografía de mi sobrino, así que, más vale que tengas esos ojos abiertos y podamos ver juntas al guisantito, ¿me oyes? No eres una cobarde, tú no te dejas vencer por nada, ni por nadie, Pati. No dejes de luchar, por favor. Kike salió de la operación, tú has salido de las que te han hecho, ahora sal de ese lugar oscuro en que el estás, que aquí hay personas que te quieren y desean volver a verte sonreír.

Le besé la frente, como siempre hacía, y me despedí de su madre, que estaba llorando igual que yo, ya que me había escuchado.

Kike me secó las mejillas con ambos pulgares y me dio un beso en la punta de la nariz, eso lo había hecho muchas veces, sobre todo, cuando acababa llorando al ver una película.

En el camino a la pizzería le fui contando lo que había descubierto del caso de la redada, que estaba ligado al del robo en la casa del empresario que David y yo, habíamos cogido antes de que sucediera todo esto.

—No me lo puedo creer, pero, si son unos empresarios ejemplares.

—Pues están metidos en eso de lleno, y puede que el robo en la casa fuera porque buscaran algo de lo que tiene en la otra.

—Se llevaron mucho dinero, y joyas. Les tenían a él y su mujer amenazados con cuchillos.

—Ya, y seguro que él no cree que tenga relación el robo en su casa, con toda la droga que encontraron en la redada.

—Desde luego, es que no doy crédito a lo que me cuentas, de verdad.

Cuando llegamos al centro, tuvimos la suerte de aparcar relativamente cerca, así que fuimos dando un corto paseo hasta la pizzería.

Nada más entrar, vi a quien menos esperaba, y me fui corriendo hacia ellos.

—Pero, ¡mira quién está aquí! —dijo Gabi al verme, que me dio un par de besos.

—Hola, Mario —le abracé con todas las ganas del mundo, ese hombre me había transmitido tan buenas sensaciones, que ya le quería como parte de mi familia.

—Hola, guapísima. ¿Cómo estás? Ya me ha contado Gabi.

—Ahí vamos, que no es poco.

—Kike, qué bien te veo —Gabi le estrechó la mano y él sonrió.

—He estado mejor, pero se agradece oír eso, la verdad. Esto duele una barbaridad, si no fuera por los calmantes..

—Ya imagino. ¿Vais a cenar aquí?

—No, Gabi, hemos venido a ver al personal. Qué preguntas haces, hijo —volteé los ojos.

—Perdona, pero... ¿te conozco? —preguntó Kike, dirigiéndose a Mario.

s

Los tres nos miramos unos instantes, hasta que Mario sonrió antes de hablar.

—Pues sí, pero no me recuerdas.

—Es que, no sé, tu cara me suena.

—Pues en la televisión no ha salido —rio Gabi.

1

—Hace un par de semanas estuviste en Madrid —contestó Mario, y yo le miré con los ojos muy abiertos.

—No, fue ella quien estuvo allí, me lo contó el otro día.

Sí, le había hablado del viaje por si veía alguna noticia sobre el caso que habíamos ganado en los juzgados de allí.

—Sí, ella fue por trabajo, y tú le diste la sorpresa de ir a pasar el fin de semana con ella. Ese sábado cenamos y tomamos unas copas los cuatro.

—No me habías dicho nada de eso, preciosa.

—Hijo, no querrás que te cuente todo lo ocurrido durante un mes, que no recuerdas, para que te cortocircuite el cerebro —me quejé.

—Vale, no he dicho nada.

—Venga, sentaos con nosotros —dijo Mario, y aceptamos.

Ellos solo tenían las bebidas, así que pedimos pizzas para los cuatro y ahí pasamos la noche charlando.

Mario iba contando cosillas del sábado que estuvimos en Madrid, yo le miraba y hasta le mandé un mensaje para pedirle que, por favor, no siguiera. ¿Su respuesta? Que iba a ayudarme a que Kike recordara que, a mi vuelta de Madrid, todo había acabado entre nosotros.

No quería que fuera así como pasara, sino que pudiera hablar tranquilamente con él y explicárselo, pero a mi manera.

No había nada que hacer, él seguía contándole cosas sobre esa noche, y Kike se reía de algunas de ellas, pero decía que no lo recordaba.

Capítulo 11



Terminamos de cenar y, una vez que salimos de la pizzería, Gabi nos miró con una sonrisa, lo que me decía que estaba a punto de proponer algo.

—¿Nos tomamos una copa, chicos? —preguntó, poco después.

—Nada de alcohol para mí, que estoy con calmantes —contestó Kike.

—Bueno, pues te tomas un refresco, un licor sin alcohol. Qué sé yo.

—Lo que diga mi chica, hacemos, que se ha pasado toda la semana conmigo en el hospital.

—Por mí sí, una copa y para casa —dije, mirando a mis amigos.

—Pues... —Gabi miró hacia un lado y otro, por allí había varios locales de copas, y a veces solíamos ir a alguno de ellos—. Venga, a ese que ponen muy buena música.

—La madre que te parió —reí—. Tú quieres que nos marquemos unos bailes, ¿verdad?

—¿Lo dudabas? Eres mi chica de los bailes, así que, andando para el local.

Me eché a reír al verle caminar mientras movía las caderas, era un caso perdido, pero le quería con locura. No cambiaba ni un solo día que había compartido con él, por nada del mundo, de verdad que no.

Nada más entrar se podía disfrutar de la música, esa que hacía que, tanto a Gabi como a mí, se nos fueran los pies y empezáramos a bailar.

Pedimos las bebidas y nos quedamos en la barra escuchando una a una las canciones que iban sonando. Kike sonreía, se pegaba a mí y me cogía la mano para que bailáramos.

Hasta que empezó a resonar en todo el local *El perdedor*, de Maluma, esa canción que Gabi y yo habíamos

bailado y cantado a gritos, cientos de veces desde que él rompiera con uno de sus novios.

“Dime si es verdad que él te trae loca”

Miré a Kike, que estaba hablando con Mario, y me sonrió.

Gabi tenía las manos en mis caderas e iba moviéndomelas al ritmo que lo hacía con las suyas.

Llevé los brazos alrededor de su cuello y seguimos con ese despliegue bailarín que tenía a todo el local pendiente de nosotros.

“Dime cuál fue mi error si mi único delito fue amarte. Hoy soy el perdedor, él me ha robado el truco para enamorarte”

Me sabía la letra de memoria, y ahí estábamos los dos, cantando al tiempo que bailábamos.

La letra me hacía pensar en Kike, en que entre él y David, el que se había quedado sin la chica en su momento fue él.

Cerré los ojos para no pensar, y cuando los abrí, tenía a Kike delante, pidiéndole permiso a Gabi para bailar conmigo.

Mi amigo nos dejó solos, y Kike me cogió con un brazo por la cintura, colocando una pierna entre las mías, empezamos a bailar y se inclinó para besarme el cuello.

Mientras la canción iba avanzando, Kike me miraba fijamente a los ojos, colocó un mechón de cabello detrás de mí oreja y me acarició la mejilla.

—Tengo una sensación extraña —dijo, pensativo.

—Seguro que no es nada.

—Sí, será una tontería.

—¿Quieres que nos vayamos? Tienes que descansar.

—Mejor, que ya me toca el calmante.

—Y caes dormido como un bebé.

—Así mismo. Y yo que quería cumplir como novio —sonrió.

—Bueno, ya cumplirás, no te preocupes.

Kike se inclinó para besarme y, cuando acabó la canción, fuimos a la barra y nos despedimos de los chicos, quedando con ellos en tomar café el domingo para despedir a Mario.

Regresamos al coche y fuimos para su casa.

En cuanto entramos, recordé esos fines de semana que habíamos pasado allí, pero nunca me sentí como si ese fuera mi lugar, no la sentía como mi casa.

Se quedó en la cocina tomándose la pastilla mientras yo fui a la habitación para colocar mi ropa.

—Me muero por hacerte el amor —susurró Kike, abrazándome por detrás.

—Tranquilo, que ya habrá tiempo. Primero recupérate, y luego ya... —le hice un guiño y se echó a reír.

—Tengo que hacerme la cura.

—Pues venga, al cuarto de baño, que te ayudo.

Le quité el jersey y, al ver el vendaje respiré hondo, después de hacerle la cura tenía que ponérselo igual, así que, me armé de paciencia para quitarlo y memorizar cómo se lo habían colocado en el hospital.

Al quitarle el apósito que cubría los puntos, tragué con fuerza, la herida estaba muy cerca del corazón, cerré los ojos al pensar que podría no haber tenido tanta suerte.

—¿Estás bien, preciosa? —preguntó, acariciándome la mejilla.

—Sí, es solo que...

—Ey, no llores, por favor.

—Si hubiera ido más a la izquierda.

—Pero no lo hizo, el que me disparó no tenía mucha puntería que digamos —sonrió haciéndome un guiño y se inclinó para besarme la frente—. Venga, vamos a curar esto, y nos acostamos.

Y eso fue lo que hicimos, curar la herida, cubrirla con un apósito limpio y las vendas que le pusieron en el hospital, y tras ponernos el pijama, Kike se metió en la cama y me ofreció el brazo para que me recostara sobre él

—Buenas noches, preciosa.

—Buenas noches.

Cerré los ojos, y mientras escuchaba el latido de su corazón, me fui relajando.

Nunca ese sonido me había tranquilizado tanto como en ese momento, y es que, aunque no amara a ese hombre como él quería que lo hiciera, le quería tanto que me habría matado si le hubiera pasado algo.

Porque se vio en medio de una guerra que no le correspondía, porque había gente sin escrúpulos a quienes no les importaba lo más mínimo la vida de los demás, simplemente iban a cumplir con lo que les habían ordenado, sin interesarse si esa persona tenía familia, una esposa, hijos, que el día que faltara lo echaran tanto de menos, que no pudieran pasar un solo día sin llorar.

Suspiré tan fuerte que Kike me abrazó, dejando un beso en mi frente. Pensaría que estaba intranquila o que tenía un mal sueño, sin saber que aún no me había dormido.

Y es que, aunque estaba con él, aunque mi cuerpo estaba a su lado, mi mente, con la llegada del sueño, se fue yendo poco a poco a otro lugar, a otra cama, junto a otro hombre.

—Buenas noches, preciosa.

—Buenas noches.

Cerré los ojos, y mientras escuchaba el latido de su corazón, me fui relajando.

Nunca ese sonido me había tranquilizado tanto como en ese momento, y es que, aunque no amara a ese hombre como él quería que lo hiciera, le quería tanto que me habría matado si le hubiera pasado algo.

Porque se vio en medio de una guerra que no le correspondía, porque había gente sin escrúpulos a quienes no les importaba lo más mínimo la vida de los demás, simplemente iban a cumplir con lo que les habían ordenado, sin interesarse si esa persona tenía familia, una esposa, hijos, que el día que faltara lo echaran tanto de menos, que no pudieran pasar un solo día sin llorar.

Suspiré tan fuerte que Kike me abrazó, dejando un beso en mi frente. Pensaría que estaba intranquila o que tenía un mal sueño, sin saber que aún no me había dormido.

Y es que, aunque estaba con él, aunque mi cuerpo estaba a su lado, mi mente, con la llegada del sueño, se fue yendo poco a poco a otro lugar, a otra cama, junto a otro hombre.

Capítulo 12



No sabía qué tenía Kike, pero cada vez que pasaba la noche con él, amanecía del mismo modo que me había quedado dormida, sobre su pecho.

Me acariciaba el brazo distraídamente, y su respiración era tranquila.

—Buenos días —dije, y cuando le miré, vi que tenía la mirada fija en algún punto del techo.

—Buenos días, preciosa —me miró con una sonrisa, y se acercó para darme un beso.

—Hemos dormido hasta tarde, me parece.

—Sí, pero lo necesitábamos.

—Hay que hacerte la cura.

Kike asintió, nos levantamos y mientras él se daba una ducha rápida, yo preparé café y tostadas para el desayuno.

Cuando entré en el baño le vi solo con la toalla, mirándose en el espejo y tocando la herida.

—Kike, no seas como los niños pequeños, déjate la herida, anda.

—Va a quedar una cicatriz de lo más sexy.

—Sí, vas a ligar mogollón cuando las mujeres del mundo sepan que recibiste un disparo —volteé los ojos—. Anda, siéntate que te curo.

Kike se echó a reír antes de sentarse en el banquito que tenía en el cuarto de baño, le hice la cura como la noche anterior y, tras vendarle, me hizo sentar sobre sus piernas.

—Nunca podré agradecerte lo suficiente todo lo que has hecho por mí estos días, preciosa.

—No he hecho gran cosa, así que...

—¿Quedarte cada noche en ese hospital dejando que mi madre durmiera en casa, no es gran cosa?

—No, porque tú habrías hecho lo mismo.

—Cloe.

—Dime.

Se quedó mirándome, como pensativo, negó, sonrió y me dio un beso.

—Nada, preciosa. ¿Desayunamos?

—Sí, que, si no, se va a enfriar el café.

Mientras yo recogía todo lo de la cura, Kike se puso el bóxer y el pantalón. Aunque lo hacía con un brazo y el otro lo movía mucho más despacio, la verdad es que se manejaba bastante bien.

Fuimos a desayunar a la cocina y aproveché para que echase un vistazo a lo que tenía del caso de la redada.

En las declaraciones de los policías encontró algo en lo que no habíamos caído ninguno hasta ese momento, y es que, tres de ellos, junto con Pati, habían dado la misma descripción del que salió de la casa disparando.

Los demás decían que no le habían visto bien, o que con todo el jaleo que había, ni siquiera podían recordarlo.

Ambos estuvimos de acuerdo en que esos tres agentes eran los que más en el punto de mira estaban, al igual que Pati, así que llamé al padre de mi amiga para hablar con él.

Le dije que revisara bien todos los papeles que tenía, y acordamos que nos veríamos el lunes en el bufete.

—¿Qué te apetece comer? —pregunté.

—No tengo nada en la nevera, he estado fuera una semana entera.

—Pues nos vamos al súper y la llenamos. ¿Quieres carne asada?

—¿Con patatas? —preguntó, sonriendo.

—Y con sal, especias, y de postre, nada de yogures.

—Era lo que me más me gustaba del hospital.

—Pues hoy, compramos una tarta.

—Eso, vamos a celebrar que he vuelto a nacer.

—Prácticamente sí.

Me di una ducha rápida y en media hora estábamos entrando por las puertas del super que había en su barrio.

Como él no podía cargar con peso, y haríamos una buena compra, hablamos con el que se encargaba de los pedidos para llevar a domicilio a ver si nos podía hacer el favor de ayudarnos con las bolsas, no puso problemas, ya que a Kike lo conocían desde que se mudó allí.

Cogimos un montón de cosas para pasar el fin de semana, no faltaron ni bollos, ni chocolate, ni chuches.

¿Cuando volvimos a casa lo colocamos todo, pusimos a que se fuera haciendo el asado mientras buscábamos una película para ver después, y comimos.

Con el café, nos tomamos la tarta de manzana que habíamos cogido, pusimos la peli y acabamos quedándonos dormidos en el sofá.

Cuando nos despertamos eran casi las diez, así que pedimos comida china para la cena y nada más terminar, hicimos la cura de su herida y nos acostamos.

La verdad es que esos días en el hospital nos estaban pasando factura a los dos, puesto que las camas en las que habíamos dormido no eran las más cómodas del mundo.

El domingo cuando me desperté Kike no estaba conmigo en la cama. Me duché antes de salir y, cuando estaba llegando a la cocina, escuché las llaves en la puerta.

—¿Quién quiere unos churros con chocolate? —preguntó, levantando la bolsa donde llevaba todo.

—No tenías que haber salido, si ayer compramos un montón de cosas para desayunar.

—Bueno, a ver si no va a poder uno tener un capricho, que me apetecían churros, mujer. Creo que tantas galletas y ese café del hospital, han hecho que les coja manía.

—Mira que eres exagerado, de verdad.

Preparé la mesa para desayunar y, a pesar de que sonreía, veía a Kike distraído. Imaginaba que el haber perdido un mes de su vida le tenía así, y para él, debía ser difícil no recordar nada, además, conociéndolo, seguro que no dejaba de darle vueltas a la cabeza para ver si recordaba algo.

Mientras él se duchaba, yo me quedé en la cocina preparando todo para hacer canelones de atún, Kike había probado los de Manuela y le encanaron, así que le pedí a ella que me dijera cómo los preparaba para poder hacerlos yo también.

—¿Hacemos la cura? —preguntó, me giré y vi que ya se había puesto los pantalones.

Fuimos los dos al cuarto de baño y de nuevo le curé la herida.

—No soy una experta, pero creo que esto está mejorando mucho —dije, al verla.

—Tengo que mover el brazo poco a poco, y el médico me dijo que quizás no me hiciese falta hacer rehabilitación

—Bueno, pero que te lo mantengan vigilado, ¿eh?

—Sí, doctora —sonrió.

Después de recoger todo, Kike se quedó en el salón haciendo algunas notas sobre el caso, puesto que en ese mes que había desaparecido de su mente, estaba todo lo que averiguó en su momento.

Así pasó la mañana, estudiando el caso, además de ver lo que yo tenía del robo en la casa del empresario, a ver si encontraba algo que nos dijera que ese incidente, estaba estrechamente ligado con la casa de la redada.

—Venga, a comer, que vas a acabar con dolor de cabeza de tanto pensar —dije, quitándole los papeles de la mano.

—Huele bien.

—Me alegro que te guste, a ver si cuando lo pruebes, también te gusta el sabor.

—Seguro que sí —sonrió, y me dio un beso en la frente.

Y le gustó, claro que sí, porque en cuanto vio los canelones, se le hizo la boca agua, al menos me habían quedado ybuenos, que para ser los primeros que hacía, ya era mucho.

Gabi me llamó para ver si seguía en pie lo de tomar café, le dije que sí, pero que nos viéramos en una cafetería que había a un par de calles de la casa de Kike, de modo que no tuviéramos que estar callejeando mucho.

nNos arreglamos y fuimos hasta allí con el coche.

—Buenas, chicos —saludó Kike cuando llegamos.

—¿Cómo va esa herida? —preguntó Mario, estrechándole la mano.

—Bastante bien, la verdad.

—Me alegro.

—Yo más, sobre todo por haber podido salir del hospital, lo odio con todas mis fuerzas.

Nos echamos a reír, pedimos los cafés y Mario me dijo que estaba encantado con Sevilla, y que, tal como le dije cuando nos conocimos, quería volver y no tardaría en hacerlo.

—Hombre, si aquí tienes a tu gran amor —contesté.

—Y a una gran amiga, que cuando venga, será para verte a ti también.

—Eso no lo dudaba, qué sé yo que me has cogido mucho cariño.

—Muchísimo, te he cogido muchísimo cariño.

Abracé a Mario y él me besó en la mejilla. La verdad es que ese hombre era un encanto, no todo el mundo se habría ofrecido como él a acompañarme en una ciudad tan grande como Madrid, aquel día que nos conocimos.

Después de un café, unas cervezas y la promesa de volver a vernos, ya fuera en Madrid o en Sevilla, tocó la despedida.

Lloré en los brazos de Mario y él, sabía que no era porque se marchaba ya, sino por todo lo que llevaba acumulado en lo más profundo de mi corazón y que no había podido sacar desde que recogí a Kike en el hospital el viernes.

Tocaba disimular, fingir que era por esa despedida, y Mario me consoló diciéndome que no se acababa el mundo, que todo tenía solución en esta vida.

Kike y yo regresamos a casa, preparamos unos sándwiches vegetales para la cena y nos los tomamos sentados en la alfombra, al estilo indio, mientras veíamos una película de risa.

Nada más acabar, volvimos a hacer la cura para que no se infectara ningún punto, y nos acostamos.

—Mañana vuelves al bufete —dije, cuando me acomodé sobre su pecho.

—Sí, regreso a la rutina, que tengo muchas ganas.

—Tienes que tomártelo con calma, ¿vale?

—Lo sé, no te preocupes que todo irá bien.

—Si te agobias, lo dices y te traigo a casa en ese mismo momento, ¿de acuerdo?

—A sus órdenes, jefa.

—Descansa un poco, anda, que mañana va a ser como el primer día de trabajo después de unas vacaciones.

—Oye, pues, cuando me volváis a dar vacaciones, que no sea en un hotel como en el que he estado estos días, que olía a desinfectante, y la comida dejaba mucho que desear.

—Mira que eres bobo —reí—¿Sabes una cosa, Kike?

—Dime, preciosa.

—Me encanta el humor con el que te tomas todo.

—Si no nos tomamos la vida con humor, estaríamos siempre tristes. Buenas noches, Cloe. Nunca olvides que te quiero —me dio un beso en la frente y comenzó a acariciarme el brazo.

Cerré los ojos, escuchando su corazón, y pensé en que tenía razón en lo que había dicho.

Si no pudiéramos sonreír, si no tuviéramos gente alrededor que nos hiciera reír, sería como si en la vida solo existieran el color negro, el blanco y el gris.

Todo sería mucho más triste sin esa nota de humor que se le pone día a día a nuestra rutina.

Sonreír más, y llorar menos, esa sería mi meta, desde ese mismo instante.

—Mañana vuelves al bufete —dije, cuando me acomodé sobre su pecho.

—Sí, regreso a la rutina, que tengo muchas ganas.

—Tienes que tomártelo con calma, ¿vale?

—Lo sé, no te preocupes que todo irá bien.

—Si te agobias, lo dices y te traigo a casa en ese mismo momento, ¿de acuerdo?

—A sus órdenes, jefa.

—Descansa un poco, anda, que mañana va a ser como el primer día de trabajo después de unas vacaciones.

—Oye, pues, cuando me volváis a dar vacaciones, que no sea en un hotel como en el que he estado estos días, que olía a desinfectante, y la comida dejaba mucho que desear.

—Mira que eres bobo —reí—¿Sabes una cosa, Kike?

—Dime, preciosa.

—Me encanta el humor con el que te tomas todo.

—Si no nos tomamos la vida con humor, estaríamos siempre tristes. Buenas noches, Cloe. Nunca olvides que te quiero —me dio un beso en la frente y comenzó a acariciarme el brazo.

Cerré los ojos, escuchando su corazón, y pensé en que tenía razón en lo que había dicho.

Si no pudiéramos sonreír, si no tuviéramos gente alrededor que nos hiciera reír, sería como si en la vida solo existieran el color negro, el blanco y el gris.

Todo sería mucho más triste sin esa nota de humor que se le pone día a día a nuestra rutina.

Sonreír más, y llorar menos, esa sería mi meta, desde ese mismo instante.

Capítulo 13



Me levanté temprano esa mañana de lunes para preparar el desayuno y ducharme mientras Kike dormía.

Cuando le desperté, sonrió al verme y besó mi frente antes de ponerse en marcha.

Se duchó, le hice la cura y aproveché a vestirme al tiempo que él se afeitaba.

—Qué guapa va hoy, señorita abogada —dijo, al salir del cuarto de baño.

—Muchas gracias, señor abogado. Ya te he preparado la ropa, venga que te ayudo.

—No hace falta, ve a hacerte el café, preciosa.

—El café, las tostadas y un par de bollos, ya están en la mesa esperando.

—¿A qué hora te has levantado, Cloe? —Frunció el ceño.

—A la que haya sido, venga, que hay que ir al bufete.

Sonrió mientras negaba, le ayudé a ponerse el traje y desayunamos viendo las noticias de la mañana.

Salimos para ir al trabajo y en el camino fuimos hablando de Pati, no me había llamado nadie para decirme que se había despertado, por lo que seguía con la esperanza de que ese milagro se produjera no tardando mucho.

Al llegar al aparcamiento, coincidimos con David, que acababa de salir del coche, aquello era suerte, o una de las bromas del destino, sin ninguna duda.

—Buenos días. ¿Cómo te encuentras, Kike? —preguntó.

—Mejor que cuando desperté después de la operación, pero con algo de dolor.

—Tómate las cosas con calma, no fuerces demasiado.

—Lo sé, tampoco creas que puedo hacer mucho esfuerzo con este —hizo un leve movimiento con el brazo izquierdo.

—¿Subís ya, o vais a la cafetería?

—Subimos, he quedado en vernos en quince minutos con Roberto —contesté.

—¿El inspector?

—Ajá. Tenemos algo que enseñarle sobre la redada.

—Avísame cuando llegue, por favor —me pidió mientras entrábamos en el ascensor, y tan solo asentí.

Una vez dentro de ese reducido espacio, yo quedé en medio de ambos. Tenía a David a mi izquierda, y el muy jodido cogió la tela de la falda que me había puesto esa mañana, la fue subiendo poco a poco y cuando tenía el muslo a su alcance, comenzó a acariciarlo despacio.

Llevó la mano por él hasta alcanzar mi entrepierna desde atrás, le miré con los ojos muy abiertos y él seguía con la vista fija en la puerta, como si no estuviera haciendo nada.

Me sobresalté cuando noté que me tocaba el sexo por encima de la braguita, disimulé todo lo que pude ya que tenía a Kike al lado, e intenté coger el brazo de David para que me soltara, pero no me lo ponía fácil.

Cuando llegamos a nuestra planta, paró y salió del ascensor como si nada, saludando a Sofía que, al ver a Kike, se llevó las manos a la cara para contener la ganas de llorar.

—No llores, que todavía no vais a ir a mi entierro —dijo él, con una sonrisa, acercándose para abrazarla.

—Me alegro de verte, de verdad.

—Lo sé, bonita. ¿A qué has echado de menos mi sentido del humor? Aquí la mayoría son unos aburridos.

Sofía empezó a reír mientras se secaba las lágrimas, nos deseó un buen día y nos fuimos a mi despacho.

—Cierra la puerta, por favor —le pedí a Kike, cuando entró detrás de mí.

Una vez que estaba segura de que nadie nos vería, comprobé que todas las copias en papel de los documentos seguían en su lugar.

No es que nadie más tuviera llave de ese cajón, pero, puestos a entrar en un estado paranoico, podríamos pensar que la gente que disparó a Kike e intentó asesinar a Pati, habrían podido ir al bufete de noche en busca de algo.

Por suerte, ese no fue el caso.

—Todo está a buen recaudo, creo que aún no saben que David y yo tenemos el caso, así que, vas a tener que ser mi señuelo —dije, cuando se sentó.

—¿Voy a hacer de cebo para los tiburones? —Arqueó la ceja.

—Hijo, no lo digas de ese modo, que no quiero que te maten.

—Ya lo sé, preciosa. Va, ¿qué tengo que hacer?

Había pasado el fin de semana pensando en ello, además de en otras cosas que ahora mismo no venían a cuento, y tenía claras varias cosas.

La primera: que ni mi padre ni David, me dejarían hacer averiguaciones por mi cuenta. La segunda: el robo en la casa de ese empresario estaba más que relacionado con todo el tema de las drogas. Y, la tercera: que si quería que a la policía cogiera a quienes hicieron daño a las personas que quería, tenía que darles algo con lo que pudieran trabajar y para ello, tenía que ser yo misma quien me metiera en la boca del lobo, por decirlo de alguna manera.

Hablé con Kike, le conté lo que necesitaba que hiciera para que la gente que andaba detrás de los policías que declararían todo lo ocurrido la noche de la redada no sospecharan de mí, y estuvo de acuerdo en todo, tan solo me puso una condición.

—¿Cuál, si puede saberse? —pregunté, cruzándome de brazos.

—Que tengas mucho cuidado, ya has visto lo que esa gente ha hecho, y no quiero que a ti te pasa nada.

—No te preocupes, que no va a pasarme nada.

Cuando llamaron a la puerta supe que era el padre de Pati, en cuanto miré la hora del móvil, le di paso, avisé a David para que se uniera a nosotros, y le saludé con un abrazo.

—Buenos días, Roberto.

—Buenos días, hija, ¿cómo estás?

—Bien, con fuerzas después de un fin de semana de descanso.

—Me alegro. Veo que te han dado el alta, muchacho —le estrechó la mano a Kike con una sonrisa.

—Sí, afortunadamente, porque si me llegan a dejar unos días más allí metido, me habría hecho contrabandista de comida grasienta.

Roberto se echó a reír, y en ese momento entró David.

—Ya estamos todos los interesados —dije, abriendo la carpeta y sacando los papeles que necesitaba—. Kike y yo encontramos algo el otro día, por eso te llamé, Roberto. ¿Viste las declaraciones?

—Sí, pero no encontré nada que no hubiera visto antes.

—Pues sí que lo hay. Estas declaraciones, coinciden todas en que sí vieron al que disparó —le entregué la de Pati y los pocos agentes que dijeron verlo—. Pero en estas —señalé las que tenía en la mesa—, no.

Roberto miró las que le había dado y, cuando terminó de revisarlas, llamó a uno de sus agentes.

—Quiero vigilancia las veinticuatro horas para los agentes Luis Méndez, Santiago Ventura y Pablo Cortés. Y doblad la seguridad en la planta del hospital en la que está mi hija, o juro que rodarán cabezas —colgó y me miró—. Voy a hablar con tu padre, tienes que dejar el caso, Cloe.

Sabía que esa sería su idea después de confirmar que había tres agentes como principales objetivos, además de su hija, así que había hecho bien en planear todo lo que iba a hacer a partir de ese momento, al detalle.

—Ya se lo dije yo —contestó Kike—. Seguiré a cargo del caso, junto con David, además de llevar el que tenían ellos antes sobre un robo. Cloe me echará una mano, con este último, además de hacer aquí las entrevistas a los agentes que declararán.

—En ese caso, si es así, si no va a exponerse en la calle, me parece bien —dijo Roberto—. Me marchó, cualquier novedad, me llamas, Cloe.

—Claro —sonreí—. Nos vemos esta tarde en el hospital.

Cuando se marchó y me quedé a solas con los dos en mi despacho, David nos dijo que volvería a visitar a algunos vecinos que no pudo el viernes, y que nos iría contando lo que averiguara.

Ya se marchaban, Kike había salido de mi despacho, cuando David me preguntó si podíamos hablar un momento, por lo que accedí y cerró la puerta.

—No vuelvas a hacer lo de antes en el ascensor —le dije, antes de darle tiempo a que hablara él primero.

—Dime que no has sentido nada y te juro que no vuelvo a tocarte —me pidió.

Él sabía perfectamente que no podría decirle algo así, puesto que había notado cómo se me erizaba la piel ante su contacto.

Volteé los ojos y fui al archivador que tenía detrás de la mesa, no es que estuviera buscando nada en concreto, pero necesitaba mantenerme ocupada mientras hacía lo posible por ignorar a ese hombre que me ponía nerviosa de pies a cabeza.

—Dime que me has echado de menos estos días —susurró, pegado a mí.

—Si entra alguien y nos ve así, estamos perdidos. Sobre todo, si ese alguien es Kike. Así que, por favor, apártate.

—No puedes estar toda la vida con alguien que no recuerda que te ha dejado libre, Cloe.

—Ese es mi problema.

—¿No te das cuenta que no es tuyo solo? También es mío, porque te quiero, pequeña —me besó el cuello y se apartó, dejando esa sensación de vacío en mí.

Era como si acabaran de arrancarme una parte del cuerpo. Me quedé ahí, inmóvil, mientras le escuchaba marcharse y cerrar la puerta. Respiré hondo, cerré los ojos, conté hasta diez, y me tranquilicé para volver al trabajo.

Cogí el expediente del caso del robo, ese en el que tenía varias notas, y decidí que al día siguiente lo retomaría donde lo había dejado, por lo que llamé al cliente para acordar una hora en que pudiéramos vernos y que me contara su versión de los hechos, quería comprobar que coincidiera punto por punto con la declaración hecha en la comisaría y para ello, debía ponerlo nervioso.

Preparé esas mismas preguntas que le hizo la policía, pero cambiando la estructura y algunas palabras, de modo que, en el caso de que se hubiera propuesto memorizar las que le hicieron en su momento, tuviera dudas de si eran las mismas o no.

Poco antes de la hora de comer recogí todo, le dije a Kike que me iba a casa de mi padre porque mi hermana me echaba de menos, y él aprovechó para comer con su madre, quedando en vernos por la tarde e ir juntos a visitar a Pati.

—Dime que no has sentido nada y te juro que no vuelvo a tocarte —me pidió.

Él sabía perfectamente que no podría decirle algo así, puesto que había notado cómo se me erizaba la piel ante su contacto.

Volteé los ojos y fui al archivador que tenía detrás de la mesa, no es que estuviera buscando nada en concreto, pero necesitaba mantenerme ocupada mientras hacía lo posible por ignorar a ese hombre que me ponía nerviosa de pies a cabeza.

—Dime que me has echado de menos estos días —susurró, pegado a mí.

—Si entra alguien y nos ve así, estamos perdidos. Sobre todo, si ese alguien es Kike. Así que, por favor, apártate.

—No puedes estar toda la vida con alguien que no recuerda que te ha dejado libre, Cloe.

—Ese es mi problema.

—¿No te das cuenta que no es tuyo solo? También es mío, porque te quiero, pequeña —me besó el cuello y se apartó, dejando esa sensación de vacío en mí.

Era como si acabaran de arrancarme una parte del cuerpo. Me quedé ahí, inmóvil, mientras le escuchaba marcharse y cerrar la puerta. Respiré hondo, cerré los ojos, conté hasta diez, y me tranquilicé para volver al trabajo.

Cogí el expediente del caso del robo, ese en el que tenía varias notas, y decidí que al día siguiente lo retomaría donde lo había dejado, por lo que llamé al cliente para acordar una hora en que pudiéramos vernos y que me contara su versión de los hechos, quería comprobar que coincidiera punto por punto con la declaración hecha en la comisaría y para ello, debía ponerlo nervioso.

Preparé esas mismas preguntas que le hizo la policía, pero cambiando la estructura y algunas palabras, de modo que, en el caso de que se hubiera propuesto memorizar las que le hicieron en su momento, tuviera dudas de si eran las mismas o no.

Poco antes de la hora de comer recogí todo, le dije a Kike que me iba a casa de mi padre porque mi hermana me echaba de menos, y él aprovechó para comer con su madre, quedando en vernos por la tarde e ir juntos a visitar a Pati.

Capítulo 14



Nada más entrar en casa, mi hermana me recibió repartiendo besos por toda mi cara.

—Menuda bienvenida —reí.

—Hija, si has estado toda la semana sin venir, pues la niña ya te echaba de menos —dijo Manuela.

—Lo sé, y lo siento, pero acababa algo cansada porque apenas dormía en la cama del hospital.

—¿Cómo está Kike? ¿Ya se ha curado? —preguntó mi hermana.

—Casi, casi. Está en ello.

—¿Y Pati? —se interesó Manuela, y negué.

—No despierta, al menos tampoco empeora, pero quiero que abra los ojos de una maldita vez.

—Lo hará, hija, seguro que lo hará, no te quepa la menor duda.

Cuando llegó mi padre nos sentamos a la mesa a comer, Manuela había preparado un puchero, del que después me llevaría un tupper, además de tortilla, filetes en sala, croquetas, y todo lo que había estado poniendo para comer durante esa semana que yo no había ido.

Tomé café con mi padre en el salón y me volvió a pedir que tuviera mucho cuidado con ese caso, o que me apartara definitivamente.

—Solo haré trabajo desde la oficina, me voy a encargar estos días del robo en casa del empresario.

—Está bien, pero sé cautelosa, por favor.

—No te preocupes, que lo seré.

Me despedí de ellos, puesto que en una hora le harían la ecografía a Pati y ahí quería estar yo. Bueno, yo, y todos, ya que ni Gabi, ni Lucía y mucho menos Edu, querían perderselo.

Le mandé un mensaje a Kike, diciéndole que iba para casa de su madre a recogerlo y contestó que allí me esperaba, que le había puesto tanta comida casera y rica, que no podía ni moverse del sofá. Era de un exagerado e chiquillo que, madre mía.

—Creo que voy a reventar —dijo cuando subió al coche.

—Pues no salpiques mucho, que me vas a dejar el coche bonito —protesté.

—Si me he tenido que quitar el cinturón, de lo que me apretaba.

Me eché a reír, y él me miraba con la ceja arqueada. Se cruzó de brazos y esperó a que me calmara.

—¿Ya se ha reído a gusto la señorita, a costa de mis penurias? —preguntó.

—Es que, con lo que a ti te gusta comer, se me hace raro que digas que estás tan hinchado.

—Hombre, después de una semana casi a dieta, porque lo que he comido en el hospital, seguro que me ha hecho perder peso, ahora llega mi querida madre y me pone un plato de albóndigas, con bastantes papas, además de unas croquetitas para que fuera picando antes de comer, según sus palabras. Ah, sí, y que me veía más delgado, cosa que me dice siempre qué me ve, aunque la última vez fuera el día anterior.

—Cosas de madre, señor quejica.

—Te voy a dar yo a ti quejica.

2 Puse rumbo al hospital y estaba hasta nerviosa. Iba a ver a ese pequeño guisante que llevaba mi amiga en su vientre, y si ella no había despertado aún, se perdería ese momento tan bonito para todas las madres. Pero Kike se iba a encargar de grabarlo, que así después podríamos mostrárselo a ella.

En la habitación de Pati ya estaban todos esperando, incluso Jaime acompañaba a Lucía.

—¿No ha despertado? —pregunté, y todos negaron.

Aquello me partía el alma, pero mantenía la esperanza de que ese día llegara pronto.

—Cloe —me llamó Lucía, que, al mirarla, hizo un gesto señalando el pasillo para que la siguiera, y salí con ella—
¿Cuándo vas a empezar a contarle a Kike la verdad?

—Cuando llegue el momento.

—¿Y si no llega? Mira Pati, una semana ahí llena de cables y no se ha despertado. ¿Crees que Kike recuperará la memoria y se acordará de que te dejó marchar?

l

—Chicas —nos giramos al oír a Gabi —, la enfermera ha dicho que ya viene el médico.

—Ya vamos —contesté.

—David está enamorado de ti, Cloe, y jamás haría lo que dijeron en la televisión.

Lucía entró en la habitación y me dejó sola en el pasillo. Pensé que tal vez tenía razón, que, si David había vuelto con su ex, no habría sido tan idiota como para engañarla con otra a las primeras de cambio, más que nada porque cuando su matrimonio se fue al garete fue por eso, porque hubo una tercera persona, por parte de ella.

Regresé con el resto, Kike me abrazó y besó mi frente en esa muestra de cariño tan de él, y cuando vi entrar al médico, los nervios se apoderaron un poco más de mí.

—Bueno, vamos a ver cómo está ese pequeñín —dijo, preparando todo.

3 Edu se puso al lado de Pati, cogiéndole la mano, acariciándosela con cariño. La quería, ese hombre quería a mi amiga, y sabía que era mutuo, por mucho que ambos hubieran acordado tener una relación abierta.

Tras retirar la sábana un poco, dejando cubierto de vientre para abajo, le subió el camisón para poder aplicarle el gel y comenzó a pasar el ecógrafo.

—Pues... ahí lo tenemos —sonrió mientras señalaba la pantalla donde se podía ver ese pequeño guisantito—. Est bien, va creciendo y cogiendo peso, eso es muy buena señal. Este pequeñín es todo un guerrero, o guerrera, como su mamá.

—Pati, nuestro bebé quiere vivir, mi amor —dijo Edu, arrodillándose junto a la cama, sin soltarle la mano—. Y querrá conocerte, así que tienes que salir de ahí, por favor.

Le besó la mano, apoyó la frente en ella, y sin poder contener las lágrimas por más tiempo, rompió a llorar.

Se nos encogía a todos el corazón de verle así, al igual que a la madre de Pati, que lloraba en los brazos de su marido, mientras él trataba de consolarla.

-—¿Pati? —preguntó Edu. Cuando le miré, tenía los ojos fijos en la mano de ella, como esperando— Pati, ¿has movido la mano, cariño?

—Edu, habrá sido solo que te ha dado esa sensación —le dije, cuando me acerqué a él, poniéndole las manos en los hombros.

—No, Cloe, te digo que la ha movido, y ha apretado un poco.

—Edu...

Pero me quedé callada al ver que mi amiga movía los dedos de la mano que él sostenía. Miramos los dos al médico, que también lo había visto, y se acercó a ella.

—Patricia, soy tu médico, si puedes escucharme, mueve esta mano —le pidió, tocándole la mano izquierda.

Ante los ojos de todos los presentes, Pati movió y comenzó a abrir poco a poco los ojos.

Intentaba tragar, pero no podía al tener el tubo de respiración en la boca.

—Salgan de la habitación, por favor —nos pidió el médico, mientras pulsaba el botón para que llegaran más enfermeros a ayudarlo.

Salimos al pasillo, donde todos llorábamos y nos abrazábamos al ver que, por fin, nuestra chica se estaba despertando.

Aquello era lo que tanto habíamos deseado todos, ahora solo faltaba saber en qué condiciones lo hacía.

Esperaba que ella no hubiera perdido la memoria, que supiera bien quiénes éramos todos, y que se tomara bien la noticia de su embarazo.

á

Los minutos fueron pasando, entraron un par de médicos más que la habían estado atendiendo y nosotros seguíamos esperando que nos informaran.

—Algo tiene que estar yendo mal —dijo Edu—, si no, ya habrían salido a hablar con nosotros.

—No desesperes, muchacho, tienen que hacerle varios chequeos rápidos para comprobar que todo está bien.

—Pues todo no está bien, señor —le contestó—, de lo contrario, ya estaríamos ahí dentro con ella.

Miré a Kike, pues él había pasado por eso también, y asintió. Me abracé a él llorando, porque no quería que a mi amiga le pasara lo mismo que a él.

Cuando al fin se abrió la puerta, esperamos a que el médico hablara, y cuando por fin lo hizo, a todos se nos cayó

el mundo encima.

el mundo encima.

Capítulo 15



—Lamento ser portador de tan malas noticias, pero me temo que es posible que Patricia no pueda volver a caminar.

Al escuchar al médico, el llanto desgarrado de la madre de mi amiga se escuchó en todo el pasillo.

No podía ser cierto, debía haber algún tipo de error. ¿Pati no podría caminar? No, imposible.

El médico seguía hablando, decía que habían comprobado que tuviera bien la vista, recordaba todo, no había perdido la memoria por suerte, incluso les dijo que podía detallar cómo fue su accidente con todo lujo de detalles.

Movía las manos, los brazos, el cuello, pero no tenía ningún tipo de sensibilidad en las piernas.

Ella creía que las tenía dormidas por todo el tiempo que llevaba tumbada en aquella cama, pero el médico comprobó que no era ese el motivo.

—Mañana comenzaremos a hacerle pruebas, por si hubiera alguna posibilidad de operarla y que, de ese modo, pueda caminar. En caso de que no las haya, tendrán que apoyarla mucho para que no se venga abajo. Aún está asimilando eso de no poder mover las piernas cuando ella quiera.

—¿Sabe lo del bebé? —preguntó Edu.

—Sí, y ha llorado de alegría al saber que ese pequeñín se aferra a la vida como ella. Ya pueden pasar a verla, pero no la agobien demasiado.

Asentimos, y dejamos que entraran primero sus padres, les dejamos ese momento de privacidad que tanto necesitaban.

—No la vamos a dejar sola —dije, mirando a Gabi y Lucía, que asintieron.

—Aunque tenga que atarme una pierna suya a la mía, esa sale con nosotros de copas en cuanto pueda —contestó

Gabi.

—Con lo cabezona que es, esa se empeña en volver a caminar, y nos reta a todos a una maratón después, ya veréis —comentó Lucía.

—En cuanto salga de aquí, la llevo a vivir conmigo —me giré al escuchar a Edu.

Pati vivía en un apartamento, del que decía que no se iría ni con agua caliente y que, si alguna vez tenía pareja estable, debía entender que vivirían ahí, y no en otro lugar.

Edu, por el contrario, tenía una bonita casa unifamiliar, en una sola planta, con un precioso jardín trasero. Nos había invitado tantas veces en verano a una barbacoa, que Pati se conocía la casa mejor que su dueño.

—Difícil tarea esa, amigo —le aseguró Gabi.

—Desde luego, con el cariño que le tiene a su apartamento, que tiene allí la terraza de sus sueños —rio Lucía.

—Me parece perfecto, pero se viene a mi casa, se ponga como se ponga, vamos.

Un rato después, salieron los padres de nuestra amiga de la habitación llorando, decían que la habían visto muy bien, muy entera, y que estaba emocionadísima con el embarazo.

A pesar de las ganas que teníamos nosotros tres de verla y hablar con ella, dejamos que el siguiente en entrar fuera Edu, al fin y al cabo, era el padre del bebé.

Me senté en una de las sillas a esperar, y llamé a mi padre para darle la noticia.

Estaba en casa, al lado de Manuela, y ambos se alegraron mucho de que mi amiga hubiera despertado al fin.

—¿¡Te estás oyendo!? —escuché gritar a Edu, me despedí de mi padre y fui hacia la habitación, pidiéndole a los padres de Pati, que no entraran.

—¿Qué pasa, Edu? —pregunté, cerrando la puerta.

—Cloe —miré a mi amiga, que lloraba a lágrima viva, y se cubrió el rostro con ambas manos.

—Estoy aquí, cariño —le dije, abrazándola mientras le acariciaba la espalda— ¿Por qué has gritado, Edu?

—Porque quiere que me vaya, que la deje, dice que no quiere ser una carga para mí. Que no quiere condicionar mi vida y que sea un infeliz al lado de una mujer en silla de ruedas.

—Pati, ¿por qué has dicho eso?

s —Porque es cierto, Cloe. No quiero la lástima ni la pena de nadie, no quiero que se quede a mi lado como una obligación. ¡Ni siquiera voy a servirle para follar, que es lo que hacemos!

—¡Eres la madre de mi hijo, y la mujer a la que amo! —gritó Edu— ¿Crees que me importa si no voy a poner follar, como tú dices? Aunque me tenga que matar a pajas, ¡joder! No me puedes apartar de tu vida, porque te quiero. Pati —se acercó a ella, cogiéndole las manos, y le pidió algo que no esperábamos, ni ella, ni yo—. Cásate conmigo, mañana si hace falta, pero no me alejes.

—Edu —volvió a llorar, y hasta yo estaba a lágrima viva.

Madre mía, acababa de ser testigo de la mayor tontería que había dicho mi amiga en la vida, y de una petición de matrimonio en toda regla.

—Dile que sí, mujer, hazme feliz a mí también, que estas cosas no me pasan —reí.

—Que puede ser cuando tú quieras, cariño, pero dime que sí, que te casas conmigo.

—Menuda pedida de matrimonio, sin anillo siquiera —contestó ella, que no dejaba de llorar.

—Si es por eso, lo arreglamos en un momento —contestó él, que se quitó una esclava de oro que llevaba puesta y le había regalado su madre, para colocársela a ella en la muñeca—. No es un anillo, pero lleva mi nombre. ¿Te vale?

—Hombre, original es, desde luego.

—¿Le quieres decir ya que sí, por el amor de Dios? Que tengo que salir al pasillo a dar la exclusiva —protesté.

—Madre mía, recién salida de un coma y me piden matrimonio, anda que espera a que me arregle un poquito o algo. Con estas pintas que tengo, y a rosas no huelo, precisamente.

—¿Cuándo has usado tú un perfume de rosas, petarda? Si llevas el que anuncia Julia Roberts desde hace años —volteé los ojos.

—Cloe, ¡que me caso! —gritó, enseñándome la esclava.

—¡Ole! Y vas a ser madre, así que, cuida al pequeño guisantito, que como no lo hagas, en cuanto nazca me lo ¡quedo —contesté.

Los dejé abrazándose y regresé al pasillo, me miraban todos con una cara de preocupación, que poco más y

pensarían que mi amiga querría asesinar a Edu.

—Pati, que tuvo un momento de locura, porque decirle al muchacho lo que le ha dicho, es para darle una torta, pero ya se le ha pasado. Y nada, que cuando la chiquilla quiera, vamos de boda —sonreí.

—¿Qué? —preguntaron todos al unísono, y entraron en la habitación para comprobar que era verdad.

—¿Tu amiga está bien, en serio? —me preguntó Kike, cuando nos quedamos solos.

—Sí, ha salido del coma y no ha perdido la memoria.

—Me alegro —sonrió antes de besarme la frente.

Poco después nos despedimos todos de Pati y Edu, puesto que esa noche sería él, quien se quedase a pasarla allí con ella.

Llevé a Kike a su apartamento y quedamos en vernos al día siguiente en el bufete, ya que me dijo que iría en taxi.

Antes de irme a casa, decidí pasar por allí y coger toda la documentación del caso del robo, había salido con tanta prisa esa mañana, que me lo dejé en el despacho.

Cuando aparqué, me sorprendió ver allí el coche de David, así que decidí que entraría, cogería la carpeta y me marcharía. No quería verle.

Pero, una cosa era lo que yo pensara que iba a hacer, y otra muy distinta, lo que pudiera pasar si coincidíamos.

pensarían que mi amiga querría asesinar a Edu.

—Pati, que tuvo un momento de locura, porque decirle al muchacho lo que le ha dicho, es para darle una torta, pero ya se le ha pasado. Y nada, que cuando la chiquilla quiera, vamos de boda —sonreí.

—¿Qué? —preguntaron todos al unísono, y entraron en la habitación para comprobar que era verdad.

—¿Tu amiga está bien, en serio? —me preguntó Kike, cuando nos quedamos solos.

—Sí, ha salido del coma y no ha perdido la memoria.

—Me alegro —sonrió antes de besarme la frente.

Poco después nos despedimos todos de Pati y Edu, puesto que esa noche sería él, quien se quedase a pasarla allí con ella.

Llevé a Kike a su apartamento y quedamos en vernos al día siguiente en el bufete, ya que me dijo que iría en taxi.

Antes de irme a casa, decidí pasar por allí y coger toda la documentación del caso del robo, había salido con tanta prisa esa mañana, que me lo dejé en el despacho.

Cuando aparqué, me sorprendió ver allí el coche de David, así que decidí que entraría, cogería la carpeta y me marcharía. No quería verle.

Pero, una cosa era lo que yo pensara que iba a hacer, y otra muy distinta, lo que pudiera pasar si coincidíamos.

Capítulo 16



Cuando salí del ascensor fui directa a mi despacho, cuanto menos tiempo estuviera allí, mejor, así que me daría tanta prisa como pudiera y evitaría a David.

—¿Qué haces aquí a esta hora?

—¡Dios! —me sobresalté al escucharlo desde la puerta— Me vas a matar cualquier día de un susto, David.

—Perdona, pero si no hubieras entrado aquí a hurtadillas, como una ladrona.

—Ay la virgen. No, si, todavía cobras. He venido a por la carpeta del caso del robo, que se me olvidó cuando me marché. Y tú, ¿qué haces aquí?

—Trabajar —se encogió de hombros.

—¿A estas horas? —Arqueé la ceja.

—Sí, tuve una reunión aquí con uno de los vecinos.

—¿Has podido averiguar algo más?

—Muy poco, solo que había un ir y venir de gente constante en los últimos meses.

—Eso es porque vendían ahí la droga.

Mientras hablaba con él, había estado haciendo copias de todo para poder llevármelo y dejar los originales ahí guardados.

En esto último estaba, dándole la espalda a David, cuando noté que me agarraba por las caderas.

—Suéltame —le pedí.

—Sabes que no puedo, que eres como un imán que me atrae, Cloe —susurró, con los labios demasiado cerca de mi oído.

Él, sabía perfectamente el efecto que tenía su voz en mí.

Como había hecho esa mañana en el ascensor, empezó a subir la tela de la falda con ambas manos, poco a poco, hasta que dejó más descubiertas mis piernas.

—Para —murmuré, pero había salido apenas sin fuerza en mi voz, como si realmente no quisiera que lo hiciera.

No me hizo caso, sino que comenzó a acariciarme los muslos con las yemas de los dedos, subiendo despacio por ellos, yendo hasta mi vientre, donde dejó una de ellas tras acercarme a él, pegándome a su cuerpo, y con la otra comenzó a tocarme la entrepierna por encima de las braguitas.

—David, para —volvía a pedirle, mientras trataba de mantener la calma estando atrapada entre él y el archivador.

—Dime que no te gusta —susurró—. Dime que no deseas que te toque, que de verdad quieres que pare. Cloe, dímelo.

Juro que quería hablar y decirle que parara, que no quería que siguiera, pero, igual que mi corazón seguía queriendo gritarle al mundo entero que era por él por quien latía, mi cuerpo hablaba por sí solo y, tras estremecerme al notar la mano de David de nuevo en mi vientre, bajando y pasando por debajo de la braguita, cubriéndome el sexo con la palma, no fui capaz de decir nada.

En cuanto esa mano comenzó a moverse de arriba abajo, despacio, rozando mi clítoris y haciendo que comenzara a excitarme, cerré los ojos dejándome caer hacia atrás y me apoyé en su pecho.

David aprovechó ese momento para mordisquearme el lóbulo de la oreja, el cuello y hasta la barbilla cuando retiró la mano que aún tenía sobre mi vientre, manteniéndome sujeta y pegada a él.

Recorrió mis labios con la punta de la lengua, en una caricia tan lenta como incitante. Los entreabrí y se me escapó un jadeo. David fue mordisqueándome el labio inferior hasta que al fin me besó.

Y fui dejándome llevar por ese cúmulo de sensaciones que David me provocaba. Cuando me penetró con el dedo mientras me hacía moverme hacia atrás, notando su abultada entrepierna en la parte baja de mi espalda, dejé caer ambas manos hacia atrás y acabé sosteniéndome en sus piernas.

Me estaba llevando al límite, besándome, penetrándome, y masajeadando uno de mis pechos.

No tardó en comenzar a moverse él, rozándome con su miembro y entonces aumentó el ritmo de la mano, esa que

no dejaba de excitarme penetrándome una y otra vez, al tiempo que con la palma hacía fricción en mi clítoris y me hacía volverme loca.

Un tirón rápido fue suficiente para que los botones de mi camisa salieran volando por los aires.

David retiró la tela del sujetador de uno de mis pechos y pasó la mano por el pezón, estimulándolo, haciendo que se pusiera erecto en apenas unos segundos.

Masajeo el pecho y comenzó a pellizcarme el pezón, dando algún que otro ligero tirón de él, haciéndome gritar. Sentía un poco de dolor, pero era más el placer que me provocaba.

—¿Te gusta, pequeña? —susurró, con los labios muy cerca de los míos.

—Sí —contesté entre jadeos.

—Dímelo, Cloe. Dime que te gusta lo que te hago, lo que sientes cuando te toco.

—Me gusta, David —susurré.

—Quiero hacerte disfrutar, ¿me dejas, pequeña? —fue dejándome besos por el cuello, retiró la tela de la camisa dejándome el hombro al descubierto, y bajó hasta él para besarlo y dar un leve mordisquito— Dime, Cloe, ¿me dejas hacerte disfrutar?

—Sí, sí, te deajo.

Lo escuché reír, me mordisqueó de nuevo el hombro y no dejaba de moverse, friccionando su miembro cubierto por la ropa, esta vez, entre mis nalgas.

David me estaba llevando a un punto de no retorno que me tenía de lo más excitada, le deseaba y le quería tanto, que por eso accedía a que me hiciera lo que quisiera en ese momento.

Confiaba en él, sabía que no haría nada que me perjudicara, así que me ponía por completo en sus manos.

Poco a poco, me iba acercando al momento, al éxtasis, a ese momento de liberación en el que mi cuerpo sería atravesado por un intenso orgasmo de esos que David me provocaba.

Y quería retrasarlo lo máximo posible, quería seguir disfrutando de ese momento que me estaba haciendo vivir, de todas y cada una de las caricias, besos y demás gestos que provocaban que estuviera en ese estado de excitación desde que me había susurrado y pegado a él.

—Prepárate, pequeña, porque esta noche vas a saber lo que es el placer —susurró en mi oído, antes de volver a

besarme con mucha más fiereza que antes, mientras seguía penetrándome, pellizcando y tirando de mi pezón, llevándome poco a poco, a alcanzar el clímax que quería liberar.

besarme con mucha más fiereza que antes, mientras seguía penetrándome, pellizcando y tirando de mi pezón, llevándome poco a poco, a alcanzar el clímax que quería liberar.

Capítulo 17



Aquel fue el orgasmo más intenso que había sentido en mi vida.

David me sostenía mientras yo jadeaba y temblaba tratando de mantenerme en pie, sentía que mis piernas podrían fallar en cualquier momento.

Me giró y fue directo a mis pechos. El que tenía libre lo comenzó a lamer y succionar con fuerza, mientras el otro también lo descubría para masajearlo y pellizcar el pezón.

Arqué la espalda mientras enredaba los dedos en su cabello, tirando de él cada vez que mordía y tiraba despacio de mis pezones.

Si yo estaba en ese estado de excitación y deseo, ¿cómo estaría él?

Hizo que me apoyara en el borde de la mesa, me quitó la braguita y, tras separarme las piernas, se colocó entre ellas, se colocó con el rostro justo a la altura de mi sexo y comenzó a lamerlo.

Tuve que agarrarme con todas mis fuerzas a la mesa ante esa nueva oleada de excitación, ese placer que me provocaba constantemente con cada cosa que hacía.

Cuando noté que empezaba a penetrarme supe que estaba perdida, y en apenas unos minutos me atravesaba un segundo orgasmo, mucho más intenso que el anterior.

David se incorporó y mirándome fijamente, se quitó la chaqueta, que dejó en mi silla, y la corbata. Se le formó una sonrisa en los labios mientras la tenía en sus manos, la miró, volvió a mirarme, y vi aún más deseo en el brillo de sus ojos.

—Gírate, pequeña —dijo, y sonó a orden más que a una simple petición.

Cuando lo hice, me cogió ambas muñecas y me las sujetó con la corbata, dejándolas pegadas a mi espalda.

—David —protesté.

—Tranquila, que no voy a hacerte nada —me besó el cuello—. Solo quiero que sientas el placer que puedes llegar a experimentar, sin tocarme.

Siguió besándome el cuello hasta que llegó a los labios y nos fundimos en un beso cargado de deseo y pasión, esos mismos que estábamos dejando salir allí, en mi despacho, en el lugar en el que tantas veces había recibido a mi padre.

Me masajeo los pechos, jugueteo con mis pezones, y volvía a hacer que me fuera excitando más aún.

—Recuéstate en la mesa y separa bien las piernas —me pidió, ayudándome a inclinarme sobre ella— ¿Estás cómoda?

—Dentro de lo que cabe, sí.

—Bien, porque te lo voy a hacer así, pequeña —susurró en mi oído, y apenas tardé unos instantes en notar cómo se iba abriendo paso en mi interior mientras me penetraba.

Gemí cuando estuvo completamente dentro de mí, aferrado a mis caderas, y comenzó a moverse rápido.

Con cada nueva embestida mi cuerpo se movía hacia delante, y aquello hacía que mis pechos se rozaran con la mesa, por lo que se me estimulaban los pezones y ayudaba a que me excitara aún más.

Quería agarrarme a algo, a lo que fuera, pero estaba inmovilizada y tan solo podía apretar las manos mientras David me follaba, porque eso era lo que hacía en aquel momento. Follarme como le apetecía, y yo no pensaba detenerlo, pues quería que siguiera haciéndolo así.

Me gustaba el David tierno que había conocido muchas veces, al igual que el pasional y un poco exigente que estaba en ese momento conmigo.

Como ya hiciera una vez, me dio un azote en la nalga, grité ante la sorpresa y el leve dolor, pero pudo el placer que sentí, como ocurrió con esos tirones que había dado en mis pezones.

—Voy a tenerte, Cloe, voy a tenerte a mi lado, le pese a quien le pese. No voy a dejar que te marches con él —dijo, inclinándose para besarme.

Mientras lo hacía, noté que llevaba una de sus manos hacia mi sexo, y al mismo tiempo que me penetraba, comenzó a toquetearme el clítoris, friccionando con dos dedos, haciendo que chillara como una loca cuando, poco después, me corría de nuevo.

Y también lo hizo él, se dejó ir al mismo tiempo que yo, echando la cabeza hacia atrás mientras gemía.

Cuando acabó, se recostó sobre mi espalda y repartió varios besos entre mi hombro y mi cuello, me liberó las muñecas y, una vez salió de mi interior, me ayudó a incorporarme, girándome y cogiéndome en brazos para sentarse en el sillón conmigo en su regazo, donde comenzó a besarme con ternura.

Así era él, podía dejar salir su lado más pasional y desenfrenado, para después volver a ser ese hombre tierno que te miraba como si fueras lo más valioso de su vida.

—Te quiero Cloe, te quiero tanto que duele.

—A veces, si se quiere a alguien, hay que dejarlo marchar.

—No me pidas eso, por favor no me lo pidas.

—Esto no puede volver a pasar, David, yo estoy con...

—No, Cloe, no estás con él porque lo ames, estás porque él, sigue creyendo que estáis juntos. No recuerda nada del último mes, pero en algún momento lo hará y, ¿quieres que piense que estabas con él por pena? Eso no es felicidad para ti, pequeña.

—Pero es mi decisión, y tenéis que respetarla, todos.

—¿Te has acostado con él?

—No es asunto tuyo.

—Lo es, porque te amo.

—Pasamos el fin de semana en su casa, pero no nos acostamos.

—¿Te buscó para hacerlo?

—No.

—Ni tú a él, porque no lo amas. Por mucho que os hayáis besado, no has sentido esas ganas de querer entregarte, como lo has hecho ahora. Como lo hiciste el otro día en tu casa.

—No me pongas las cosas más difíciles, por favor —aparté la mirada, pero él me cogió la barbilla con dos dedos para que lo mirara de nuevo.

—Contéstame, lo más rápido que puedas, ¿de acuerdo? —asentí— ¿Me deseas?

—Sí.

—¿Te gusto?

—Sí.

—¿Te excitas conmigo?

—Sí.

—¿Me quieres?

—Sí —le vi sonreír y cerré los ojos. Había contestado a todo sin tener que pensar nada, puesto que era lo que sentía.

Le quería, claro que lo hacía, estaba enamorada de él y mi corazón así me lo hacía sentir cada vez que lo veía, cuando le tenía cerca.

Cuando David me tocaba, conseguía que me derritiera en sus manos como lo hace un hielo cerca del fuego.

Cuando me besaba, las mariposas revoloteaban sin parar en mi estómago.

Y cuando me hacía suya, conseguía que me olvidara de todo lo que nos rodeaba, simplemente éramos él y yo, en ese momento.

—Era todo lo que necesitaba saber. Yo también te quiero, desde antes de aquella primera noche que pasamos juntos con tus amigos.

Me besó y el momento se rompió cuando empezó a sonarme el móvil.

—No lo cojas —me pidió, con la frente apoyada en la mía.

—Puede ser mi padre, tal vez sea algo importante.

Me levanté justo cuando había dejado de sonar, lo saqué del bolso y, por la cara que debió verme, ya sabía él de quién se trataba sin que yo se lo dijera.

Estaba a punto de devolverle la llamada a Kike, cuando recibí un mensaje suyo que no esperaba.

Kike: *Cloe, he recordado todo, mañana hablamos.*

Sentí que me fallaban las piernas, caía de rodillas al suelo y noté que comenzaba a llorar.

—¡Cloe! —gritó David, viniendo hacia mí. Cuando me quitó el móvil de las manos y leyó el mensaje, me abrazó con fuerza dejando un beso en mi cabeza— Tranquila, no llores. Puedes con eso, lo sabes, ¿verdad? Y yo estaré ahí para apoyarte.

No necesitaba que él estuviera conmigo cuando hablara con Kike, lo único que quería era que mi amigo entendiera por qué lo había hecho, por qué había fingido que seguíamos juntos a pesar de que fue él, quien me dejó marchar.

Siempre me escudaba en que él no estaba preparado aún para saber toda la verdad de los días de ese último mes que no recordaba, pero, realmente, era yo la que no estaba preparada para confesarle que había fingido que entre nosotros existía algo, que ya no había.

Me levanté, recompuse mi ropa como pude, recogí todo y, a pesar de las peticiones de David para que no me marchara, que lo esperara y que él me llevaba a casa, me fui de allí.

No quería estar con nadie en ese momento, tan solo quería llegar a casa, meterme en la cama y dormir, dormir hasta que se me olvidara todo.

En el camino tuve la sensación de que alguien me seguía, pero quizás estaba tan sugestionada por lo que les había ocurrido a Kike y a Pati, que tan solo empezaba a estar paranoica.

O tal vez no, puesto que, cuando aparqué el coche, vi que otro lo hacía en la acera de enfrente y salían dos hombres que no me inspiraban demasiada confianza.

Por suerte en ese momento llegaba mi vecino de arriba, un chico dos años mayor que yo que trabajaba en un gimnasio y tenía unos brazos que podría dejar sentados en el suelo a esos dos con solo un leve roce en el hombro.

Como hice alguna que otra vez, me colgué de su brazo y entramos juntos en el edificio. Tras subir en el ascensor charlando, me despedí y me metí en casa, cerré todo bien y hasta puse varios muebles delante de la puerta.

Que sí, que me podría llamar paranoica todo el mundo, pero que esos dos tíos iban a por mí.

Llame a Jaime, el poli compañero de Pati, le conté lo ocurrido y dijo que se daría una vuelta con su coche por allí.

Media hora después me llamó y dijo que ahí seguía el coche con esos dos tipos dentro, así que decidió quedarse él también en su coche, vigilándolos, para que no intentaran nada.

Le pedí que, al día siguiente, fuera a verme al bufete, y me llevara algo que pensé que podría venirme bien en algún momento. Y él, como buen policía, estuvo de acuerdo.

Me fui a la cama sin contestar a Kike, no tenía ni fuerzas ni valor para hacerlo, me esperaba a hablar al día siguiente con él.

Quien también me escribió fue David, y tampoco le contesté. Ya había confesado lo que sentía por él, me había abierto en canal y, aun así, yo seguía pensando que tenía algo con su ex mujer.

Me iba a volver loca, eso era lo único que acabaría consiguiendo, volverme loca por un hombre al que había empezado a amar cuando menos lo esperaba, sin que me diera cuenta, y con tanta intensidad, que dolía en lo más profundo.

Le pedí que, al día siguiente, fuera a verme al bufete, y me llevara algo que pensé que podría venirme bien en algún momento. Y él, como buen policía, estuvo de acuerdo.

Me fui a la cama sin contestar a Kike, no tenía ni fuerzas ni valor para hacerlo, me esperaría a hablar al día siguiente con él.

Quien también me escribió fue David, y tampoco le contesté. Ya había confesado lo que sentía por él, me había abierto en canal y, aun así, yo seguía pensando que tenía algo con su ex mujer.

Me iba a volver loca, eso era lo único que acabaría consiguiendo, volverme loca por un hombre al que había empezado a amar cuando menos lo esperaba, sin que me diera cuenta, y con tanta intensidad, que dolía en lo más profundo.

Capítulo 18



Nada más levantarme vi que tenía un mensaje de Jaime, a la una de la madrugada, diciéndome que los tipos esos se habían ido sin más, veinte minutos antes y no habían vuelto.

Le escribí para darle los buenos días y le pedí que, por favor, me llevara en una hora lo que la había pedido la noche anterior, a la cafetería del bufete.

Tras una ducha y un café rápido, me vestí y salí para darle el encuentro a Jaime.

Cuando llegué, ya estaba él esperándome.

—Buenos días, guapa. ¿Más tranquila que anoche? —preguntó, dándome un par de besos.

—No te creas, pero no le digas nada a mi padre, que me quita el caso.

—Tranquila, mientras me llames siempre que veas algo raro, todo perfecto.

—Con esto te aseguro que no tendremos problema ninguno de los dos —le hice un guiño, nos tomamos el café, él se marchó para la comisaría, y yo al bufete.

Kike no había llegado aún, así que llamé al empresario al que habían robado para verificar que nos veríamos a la una.

Estaba a punto de ir a prepararme un café, cuando entró Kike.

—Buenos días, preciosa —sonrió, y no parecía enfadado, por lo que no debía haberse tomado muy mal la decisión que tuve el día que despertó tras la operación.

—Buenos días.

—¿Por qué no me dijiste que no estábamos juntos?

—No recordabas nada, y no quería que te tomaras las cosas a mal. Lo siento.

—No lo sientas, por favor, sé que lo hiciste pensando en mí. Ayer cuando recordé todo, antes de llamarte, hablé con mi madre, me extrañaba que, sabiendo que te había dejado marchar para que fueras feliz con quien de verdad querías, ahora estuviera siguiéndote en la mentirijilla.

—Lo hicimos por tu bien, de verdad.

—Ven, anda —extendió los brazos y me cobijó en ellos, abrazándome con fuerza, dejándome un beso en la cabeza—. Siempre pensando en los demás, antes que en ti. ¿Qué habría pasado si no hubiera recordado nada?

—Pues...

—Habrías estado con un hombre del que no estás enamorada, por esa lealtad que tienes con todo el mundo —dijo sin que yo pudiera hablar.

—Sí.

—Mario fue el detonante. La noche que salimos con él y Gabi, me resultaba tan familiar, que, cuando me empezó a hablar de que nos habíamos conocido y todo lo demás, me rallé bastante. Quería recordar y creo que, poco a poco, fui forzando mi mente a que lo hiciera. Ayer cuando nos encontramos con David en el aparcamiento, el modo en que él te miraba y cómo lo mirabas tú, seguía con esa sensación del sábado, de pensar que pasaba algo que me estaba perdiendo.

—No me dejaste hablar la otra vez sobre eso —dije, con la frente apoyada en su pecho.

—Ni lo vas a hacer ahora, ya te dije que no necesito saber nada. ¿Le quieres?

—Sí.

—¿Eres feliz?

—No como antes, tiene algo con su ex. El día que despertaste, entré en una fuerte crisis de ansiedad porque salió en la televisión que había vuelto con ella, una foto besándola y tal. Me sentí muy mal, dolida, engañada y utilizada. Me voy un fin de semana con mi hermana, y él aprovecha para verse con su ex, supuestamente por trabajo, pero lo que hacen es liarse.

—Te equivocas, pero del todo —contestó, cogiéndome ambas mejillas para que lo mirara—. El sábado se vio con Carlos y su ex para hablar del divorcio, lo sé porque estuve con ellos. Y el domingo, quienes estaban conmigo cuando me dispararon, fueron ellos tres.

—¿Cómo? —pregunté, sin poder creerme lo que decía.

—Lo que has oído, preciosa. Carlos avisó a la policía y las ambulancias, David fue quien estuvo evitando que me desangrara y me desmallara, hasta que perdí el conocimiento. Él avisó a tu padre, y se quedó en el hospital a la espera de noticias hasta que tuvo que ir a prestar declaración a la comisaría, igual que su ex mujer, y Carlos. Tu padre estaba al tanto de todo.

—¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué me ha tenido engañada estos días?

—Quería hacerlo, pequeña —me giré al escuchar a David en la puerta de mi despacho—, pero saltó esa maldita noticia, te dio la crisis, me llamó tu padre para decírmelo y cuando iba a de camino para estar contigo, despertaste él también y no recordaba nada, fingiste que seguíaís juntos, y tu padre tuvo que llamarme para decirme lo que había pasado. Íbamos a ir a por el marido de mi ex, rebatir esa noticia y decir que era un montaje, demostrar que sí, que habíamos estado juntos el fin de semana, puesto que había pruebas que lo ratificaban, además de la declaración en comisaría de lo ocurrido, pero no queríamos que todo eso alterara a Kike, dado el estado en el que se encontraba.

—No me puedo creer que no me contaras nada.

—Cuando te marchaste ayer, llamé a Kike para preguntarle cómo estaba después de que te escribiera, le puse al tanto de lo ocurrido con mi ex, y con su permiso, dado que hablará para que quede claro que no nos liamos ese fin de semana, ya hemos quedado con la prensa para solucionarlo.

—Podrías haberme dicho la verdad, David —me senté en el sillón, negando, sin poder creer que me había estado engañando, haciéndome pensar que volvía a ser mala persona por estar con un hombre, y acostarme con otro—. Y mi padre lo sabía, y también fingió todo este tiempo. Ten familia para esto —murmuré, mientras me masajaba la sienes.

Estaba a punto de colapsar, y solo faltaba que me diera ahora una nueva crisis de ansiedad.

Desde luego, qué bien habían jugado todos conmigo, madre mía.

No podía más, tenía que salir de allí y tomar aire. Recogí mis cosas, los papeles del caso, y fui hasta la puerta.

—¿Dónde vas, pequeña? —preguntó David, cogiéndome por el codo.

—Suéltame, voy a tomarme un café y después a trabajar.

—Espera, voy contigo.

—No, necesito estar sola, por favor —le pedí.

Cuando me soltó, salí del bufete para ir a por el coche, necesitaba poner distancia de por medio, de verdad que sí.

Aquello era una locura, una auténtica locura.

Como la noche anterior, de camino hacia alguna cafetería lejos de mi trabajo, tuve la sensación de que me estaban siguiendo, y no me equivoqué al hacer varios cambios de calle.

Acabé frente a la iglesia, aquel lugar era sagrado y no podrían entrar a hacerme nada, así que dejé el coche aparcado y entré.

—Cloe, ¿qué haces aquí, hija? —preguntó el Padre Marcos al verme.

—Creo que, si he acabado aquí, es porque usted será el único que pueda ayudarme, Padre.

Miré hacia la puerta y, tal como pensaba, nadie entró siguiéndome, pero estarían fuera, esperarían a que saliera para volver a seguirme, y quién sabía lo que podrían hacerme si, como creía, eran las mismas personas que dispararon a David, e intentaron asesinar a Pati.

l

r

s

—No, necesito estar sola, por favor —le pedí.

Cuando me soltó, salí del bufete para ir a por el coche, necesitaba poner distancia de por medio, de verdad que sí.

Aquello era una locura, una auténtica locura.

Como la noche anterior, de camino hacia alguna cafetería lejos de mi trabajo, tuve la sensación de que me estaban siguiendo, y no me equivoqué al hacer varios cambios de calle.

Acabé frente a la iglesia, aquel lugar era sagrado y no podrían entrar a hacerme nada, así que dejé el coche aparcado y entré.

—Cloe, ¿qué haces aquí, hija? —preguntó el Padre Marcos al verme.

—Creo que, si he acabado aquí, es porque usted será el único que pueda ayudarme, Padre.

Miré hacia la puerta y, tal como pensaba, nadie entró siguiéndome, pero estarían fuera, esperarían a que saliera para volver a seguirme, y quién sabía lo que podrían hacerme si, como creía, eran las mismas personas que dispararon a David, e intentaron asesinar a Pati.

Capítulo 19



Aparqué el coche el coche y fui caminando hasta el restaurante en el que me había citado el empresario.

Era uno de esos de alta cocina, pero vamos que yo solo tomaría un café.

¿Cómo había llegado hasta aquí, sin que me siguieran, como habían hecho hasta la iglesia? Fácil.

Le pedí al Padre Marcos que me prestara su coche, sabía que siempre lo aparcaba en la calle de atrás, donde había un acceso directo a la sacristía, así que, me escapé, no sin antes darle aquello con lo que Jaime me localizaría en caso de que yo activara lo que llevaba.

Tal vez debería haber hablado con mi padre, con Alberto o con David de lo que iba a hacer, pero no podía puesto que, al menos a David, la gente que quiso quitar de en medio a Kike y Pati, posiblemente también le estuvieran vigilando.

Cuando entré, me identifiqué como la abogada de quien me esperaba, y me llevaron a una mesa en la que estaba sentado él, tomando café, mientras leía el periódico.

—Señor Arribas, es un placer conocerle —dije, tendiéndole la mano cuando llegué a su lado.

—Señorita Hidalgo, por favor, siéntese. ¿Quiere tomar algo?

—Sí, un café, gracias.

Le pidió al camarero mi café, además de unos bollitos para acompañar, y cuando nos los sirvieron, al fin pudimos hablar del asunto que nos había traído hasta aquí.

—Señor Arribas.

—Por favor, llámame Leandro.

—En ese caso, llámame Cloe, por favor, Leandro —sonreí, empezando a ganarme su confianza, hasta que le pusiera nervioso—. Voy a hacerte algunas preguntas, solo es rutina, ya sabes, para cuando tengas que testificar que no te pongas muy nervioso delante del juez.

—Se agradece, la verdad, solo que no será la primera vez que esté delante de uno. Por desgracia, ha habido unos cuantos.

—Así que ya tienes experiencia, me lo anoto.

Ambos sonreímos, y empecé a hacerle las preguntas que me había apuntado, esas que iban en el mismo orden que las que le hicieron cuando puso la denuncia, pero con mis cambios, acababa pensando mucho las respuestas.

Tras casi una hora, había contestado a todas lo mismo que a las de la policía, solo que, como había hecho yo, él cambió alguna palabra.

Ahora tocaba poner encima de la mesa la gran pregunta, la del millón de euros, esa en la que estaba en juego hasta mi integridad.

—Leandro, no sé si estás al tanto de las noticias, del suceso que tuvo lugar hace una semana.

—¿A qué suceso te refieres?

—El intento de asesinato de dos personas. Un abogado de mi bufete, y una agente de policía.

—Sí, algo he escuchado. ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—El abogado llevaba el caso de un hombre que denunció haber resultado herido tras producirse un tiroteo en su calle cuando la policía hizo una redada antidroga en una de las casas vecinas.

—¿Y?

—Me dieron ese caso a mí también cuando mi compañero estaba en el hospital, hice algunas averiguaciones, y la casa está a nombre de una empresa, de la que usted, y su socio, el señor Bruno Pérez, son socios.

—¿Cómo dices?

—Tengo aquí la nota simple de la vivienda, y un informe de la empresa, en el que constan sus nombres.

Le di los papeles, los revisó bien y seguía con cara de sorpresa, por lo que algo me decía que se estaba enterando en ese momento de todo aquello.

—Esto no es posible, no he oído hablar de esta empresa en mi vida —contestó, devolviéndome los papeles.

—Leandro, yo estaba convencida de que el robo en tu casa, fue porque las personas que lo hicieron, debieron averiguar que eres dueño de la casa donde tenían la droga, y creyeron que podías tener mucho más dinero del que disponías en ese momento. Sin olvidar que, si eres dueño de esa casa, tendrás a la policía encima dentro de poco, lo perderás todo. Hay tres agentes más en el punto de mira de quienes quisieron matar a mi compañero y la policía.

—Cloe, te aseguro que no sé quién ha sido la persona que me ha metido como socio en esa empresa, ni cómo lo ha conseguido.

Parecía sincero al hablar, por lo que en parte le creía.

—Y, ¿tu socio?

—¿Bruno? No creo que me hiciera algo así. Nos conocemos desde hace años. Él me presentó a mi mujer.

—¿Nunca ha habido problemas entre vosotros?

—Jamás.

—¿Seguro? —Arqueé la ceja, y él se quedó pensativo.

—Mi mujer era amiga de los dos, de él antes que mía, pero nosotros acabamos enamorándonos y, tras dos años de novios, le pedí que se casara conmigo. Bruno parecía feliz por nosotros, pero, el día de nuestra boda, me dijo algo que en su momento me tomé a broma, pero, ahora...

—¿Qué te dijo?

—Algún día seré yo quien te quite lo que tienes.

—Tengo que hablar con un contacto, debemos investigar a tu socio, y si es él quien orquestó todo esto para que des con los huesos en la cárcel, tendrás que denunciarlo.

—No me puedo creer que él fuera capaz de tramar el robo de mi casa, sabiendo que estaba mi mujer, su amiga, para que llegaran a involucrarme con ese asunto de drogas. Es más, ¿desde cuándo me engaña y ha estado metido en eso?

—Te sorprendería lo que puede llegar a hacer la gente por venganza.

Llamé a Jaime, le dije dónde estaba y lo que había averiguado, le pedí que hablara con el padre de Pati y le dijera

que buscara todo lo que pudiera sobre Bruno Pérez, que era muy urgente, y que viniera él a escoltarme con el coche hasta la iglesia, puesto que debía devolverle el suyo a Padre Marcos y recoger el mío.

Le dije a Leandro que estaría en contacto con él, que no intentara hablar con su socio no fuera a ser que, sin darse cuenta, de ese modo hiciera que al señor Pérez, comenzaran a saltarle todas las alarmas.

Cuando Jaime me llamó diciéndome que estaba en la puerta del restaurante, me despedí de Leandro y salí.

^aLa primera parada, fue la parte trasera de la iglesia mientras Jaime se quedaba a un par de metros de la puerta principal, donde, al darle al Padre Marcos las llaves de su coche, así como las gracias y pedirle que guardara lo que le había entregado hasta que fuera a recogerlo.

Volví a por mi coche y vi que estaban los hombres que me seguían.

Con Jaime justo detrás de ellos, puse rumbo al bufete para contarles a mi padre y David, lo que había averiguado.

;

que buscara todo lo que pudiera sobre Bruno Pérez, que era muy urgente, y que viniera él a escoltarme con el coche hasta la iglesia, puesto que debía devolverle el suyo a Padre Marcos y recoger el mío.

Le dije a Leandro que estaría en contacto con él, que no intentara hablar con su socio no fuera a ser que, sin darse cuenta, de ese modo hiciera que al señor Pérez, comenzaran a saltarle todas las alarmas.

Cuando Jaime me llamó diciéndome que estaba en la puerta del restaurante, me despedí de Leandro y salí.

La primera parada, fue la parte trasera de la iglesia mientras Jaime se quedaba a un par de metros de la puerta principal, donde, al darle al Padre Marcos las llaves de su coche, así como las gracias y pedirle que guardara lo que le había entregado hasta que fuera a recogerlo.

Volví a por mi coche y vi que estaban los hombres que me seguían.

Con Jaime justo detrás de ellos, puse rumbo al bufete para contarles a mi padre y David, lo que había averiguado.

Capítulo 20



—Te han vuelto a seguir, y se han quedado abajo —dijo Jaime, cuando entró en el bufete, donde yo lo esperaba.

—Pues si son los mismos que fueron a por Kike y Pati, conmigo lo llevan mal, muy mal. Vamos a ver a mi padre.

Me siguió hasta el despacho, donde vi que también estaba David esperándome, tal como les había pedido por teléfono, entramos y les puse al corriente de lo que había hablado con Leandro Arribas.

—Tú, eso de hacer caso a tu padre, como que no, ¿verdad? —dijo mi progenitor, con una media sonrisa.

—Pues, si ya lo sabes, no sé de qué te extrañas.

—¿Y qué hace él aquí? —preguntó David, señalando a Jaime.

—Es mi guardaespaldas —me encogí de hombros.

—No sabía que necesitaras uno.

—La llevan siguiendo desde anoche, que sepamos —contestó mi amigo.

La mirada que compartieron mi padre y David, no me gustó nada, demasiada complicidad había en ella.

—Un momento —dije, temiéndome lo peor—. Vosotros no tendréis nada que ver con eso, ¿verdad?

—Y el padre de tu amiga también.

—Madre mía, ¿habéis puesto a alguien a espiarme?

—Vigilancia por riesgo de que atentaran también contra ti —respondió mi padre—, pero al parecer, has conseguido burlarlos para ir a ver a ese tal Arribas.

—Una, que tiene sus recursos.

—Ya, y que el cura de la iglesia te tiene mucho cariño —mi padre volteó los ojos.

—Eso también.

El teléfono de Jaime empezó a sonar, contestó al ver que era la persona a la que él había llamado para que pidiera al padre de Pati, que averiguaran todo lo que pudieran sobre el socio de Leandro Arribas, y estuvo hablando durante unos minutos, hasta que le pidió que le enviara todo por e-mail.

Una vez lo tuvo, me lo pasó a mí para que lo imprimiera, y ahí teníamos las pruebas que necesitábamos, el nexo de unión entre ambos casos.

Se podía demostrar que Bruno Pérez, y solo él, era socio de la empresa que constaba como propietaria de la casa en la que se fabricaba y vendía droga.

Había falsificado la firma de Leandro Arribas para que todo el mundo diera por hecho que él, también estaba en el asunto de las drogas, y había contratado a gente para que entrara a robar en su casa, desviando así la atención y haciendo creer que había sido alguien que conocía su relación con esa gente y que podría haber ido allí buscando el dinero que se llevaba por ese otro negocio.

Ni qué decir, que estaba más que claro que fue el propio Bruno, quien mandó a su gente a quitar de en medio a los testigos que iban a declarar contra uno de los suyos tras los disparos en la calle donde tuvo lugar la redada, y en la que un civil resultó herido.

Llamé al padre de Pati, le di las gracias por haber averiguado todo eso tan rápido, y le dije que teníamos todo para encarcelar a los responsables.

Y es que, si de algo estaba segura, era de que Bruno Pérez, no querría comerse solo el marrón de ir a prisión y acabaría cantando hasta *La Traviata*, si se diera el caso, y la poli tendría a todos los responsables de esa red de contrabando.

—Me marchó, que tengo trabajo —dijo Jaime, poco después.

—Muchas gracias, no sé qué habría hecho sin saber que estaba ahí para salvarme el cuello de haberte necesitado —lo abracé y él, me besó la frente.

—Siempre podrás contar conmigo. Y ahora, deja de jugar a los espías por un tiempo.

Nos echamos a reír y se marchó, dejándome sola con mi padre y David, a quienes miré enfadada y con los brazos cruzados.

—Vosotros tenéis mucho que contarme. Bueno, en realidad, eres tú quien tiene que hacerlo, papá.

—¿Yo?

—Sí, no te hagas el que no sabes, porque de sobra me entiendes.

n

—Kike y yo, se lo hemos contado.

—No te enfades conmigo, hija, que bastante me ha costado no contarte nada. ¿Sabes lo mal que lo pasé cuando te dio esa crisis de ansiedad en el hospital por ver algo que no era? ¿Por qué crees que te dije que debía ser un montaje?

—Podías haberme dicho la verdad en ese momento y quizás habría actuado en ese momento de otro modo con Kike.

l —No podía cariño, tenía que ser David quien te lo contara, pero la pérdida de memoria de Kike, lo complicó todo

Miré a mi padre y lo entendí, él también lo había pasado mal teniendo que fingir delante de mí, así que no podía enfadarme con él.

3 —Creo que tenéis mucho de lo que hablar, así que, os dejo solos —dijo mi padre, poniéndose en pie.

l

—Papá este es tu despacho.

l —¿Y qué? Podéis hablar aquí sin ningún problema, yo me voy a un juicio.

Cuando salió, cerrando la puerta y dejándonos a solas, miré a David y vi que sonreía.

—No pongas esa cara, que sigo enfadada contigo.

—Pero me quieres, como yo a ti.

—Solo un poco, no creas que estoy tan enamorada —contesté, mientras iba al ventanal y observaba la ciudad.

—Eso no te lo crees, ni tú —susurró, mientras me abrazaba por detrás.

—Es que siempre habrá algo que me haga pensar que aún sientes algo por ella. En la foto...

—En esa foto la amaba, hacía años que estábamos juntos, y ella seguía queriéndome como el primer día. Pero dejó de hacerlo cuando se enamoró de otro y yo, cuando comprendí que lo suyo con él iba en serio. ¿Sabes lo que

me confesó el fin de semana que estuvo aquí? —preguntó, y yo tan solo negué moviendo un poco la cabeza— Que le dolía más tener que separarse de él, de lo que le dolió hacerlo de mí, y eso que habíamos estado juntos durante años. Pero la entendí, porque el perderte a ti por otro hombre, me mataba. Y comprendí que, ni yo era el amor de su vida, ni ella el de la mía, por muchos años que compartiéramos el uno al lado del otro. Porque las mariposas de nuestros estómagos nunca habían revoloteado con tanta fuerza como lo hacían por las personas que ahora teníamos al lado. Porque el corazón no se detuvo una décima de segundo antes de volver a latir, cuando la vi a ella por primera vez, como me pasó al verte a ti. Tú, Cloe, y solo tú, eres el amor de mi vida.

Para cuando David acabó de confesar todo aquello, yo ya estaba llorando a mares, con un nudo en la garganta y un dolor en el pecho, que no conseguí calmar hasta que él, me giró para abrazarme.

Ese simple gesto fue suficiente para comprender lo que ya sabía, que con él estaba en el lugar correcto, con él me sentía en casa.

—¿Qué tengo que hacer, para que me perdones, para que estés conmigo el resto de nuestras vidas? —preguntó, lo miré y tuve claro lo que debía hacer.

—Conquistame.

me confesó el fin de semana que estuvo aquí? —preguntó, y yo tan solo negué moviendo un poco la cabeza— Que le dolía más tener que separarse de él, de lo que le dolió hacerlo de mí, y eso que habíamos estado juntos durante años. Pero la entendí, porque el perderte a ti por otro hombre, me mataba. Y comprendí que, ni yo era el amor de su vida, ni ella el de la mía, por muchos años que compartiéramos el uno al lado del otro. Porque las mariposas de nuestros estómagos nunca habían revoloteado con tanta fuerza como lo hacían por las personas que ahora teníamos al lado. Porque el corazón no se detuvo una décima de segundo antes de volver a latir, cuando la vi a ella por primera vez, como me pasó al verte a ti. Tú, Cloe, y solo tú, eres el amor de mi vida.

Para cuando David acabó de confesar todo aquello, yo ya estaba llorando a mares, con un nudo en la garganta y un dolor en el pecho, que no conseguí calmar hasta que él, me giró para abrazarme.

Ese simple gesto fue suficiente para comprender lo que ya sabía, que con él estaba en el lugar correcto, con él me sentía en casa.

—¿Qué tengo que hacer, para que me perdones, para que estés conmigo el resto de nuestras vidas? —preguntó, lo miré y tuve claro lo que debía hacer.

—Conquistame.

Capítulo 21



Diciembre, y habían pasado tres meses, en los que David no dejó ni un solo día de conquistarme, tal como le pedí

Flores o bombones llegaban alguna que otra mañana al bufete, me invitaba a comer, a cenar, bailábamos, y acabábamos la noche en su casa o en la mía, entregados a esa pasión que nos hacía perder la cabeza y el control de nosotros mismos.

Como cada Navidad, se celebraba la cena anual en la que entregaban el premio al mejor bufete de abogados de la ciudad, y con tantos casos que habíamos ganado, además de ser quienes habíamos descubierto los chanchullos de uno de los empresarios más exitosos, se hablaba de que teníamos todas las papeletas para hacernos con el galardón.

En los años que llevaba mi padre trabajando en su propio bufete, habían conseguido cuatro premios, así que, íbamos camino de conseguir el quinto.

Tres meses, y mi amiga Pati seguía esforzándose día a día para volver a caminar, puesto que finalmente, y tras varias operaciones, los médicos dijeron que lo conseguiría. Por el momento iba con la silla de ruedas, pero poquito a poquito avanzaba, y es que decía que, cuando naciera su hijo, pues habían descubierto que era un niño, quería poder caminar a su lado o llevarle al parque.

Aún no había puesto fecha para su boda con Edu, pero yo sabía que ella esperaría a volver a caminar, para celebrarla.

Acababa de llegar a la boutique en la que me compraría el vestido para la noche siguiente, no había tenido tiempo de hacerlo antes porque el trabajo no me lo permitía. Una que siempre había sido muy responsable.

Me veía llevando cualquier cosa, y es que no había nada que me gustara, hasta que...

—¿Podrías sacarme ese, por favor? —le pedí a la dependienta, cuando vi uno negro que me había encantado.

El corpiño era de raso, con escote en v hasta la parte baja de los pechos, tirantes anchos y por detrás, la espalda quedaba descubierta al acabar también en forma de v.

La falda era de gasa corta por delante, a la altura de las rodillas, y larga por detrás, de modo que arrastraba un poco.

A modo de cinturón, llevaba una tira, también de raso, con cristales blancos adornándolo.

En cuanto me lo vi puesto, supe que era ese el que iba a llevar, me había enamorado de aquel vestido.

Me compré también unos zapatos y un chal de pelito con el que cubrirme, dado que, de casa al coche, y al hotel era el que tendría lugar la cena, un poco de frío sí que podría pasar.

Más contenta que unas castañuelas con mi compra, me fui al salón de mi querida Lucía, le dije que llamara a Gabi y Pati, y llevé pasteles y chocolate caliente para todos.

—Aquí llega la señora letrada —dijo Gabi, al verme entrar.

—Vengo a enseñaros mi modelito para mañana —sonreí, levantando las bolsas.

—Joder, has tirado la casa por la venta, tres bolsas, madre mía.

—Lucía, que tengo que ir guapa por si me hacen subir a recoger el premio —reí.

—Eso es verdad, venga, pónelo que te veamos —me pidió Pati, que se tocaba la barriguita con cariño.

Entré en una de las salas de depilación que estaba libre, me vestí y, cuando salí, los dejé a los tres boquiabiertos.

—Madre mía, mañana te sale novio, bonita —soltó Gabi.

—¿Otro? Deja, deja, que bastante tuvimos ya con Miguel, Kike y David. Con lo bien que está ella con mi primo, ¿verdad? —contestó Lucía.

—Estás preciosa, Cloe, luces el vestido que da gusto. Ya veréis cuando me pueda poner yo unos taconazos así, que será para el día de mi boda —dijo Pati, sonriendo y elevando las pestañas de un modo de lo más gracioso.

—Eso por descontado, y nosotros tres de madrinas, todos vestidos iguales.

—Gabi, ¿también te vas a poner vestido y tacones? —reí.

—No, eso para vosotras que los lucís mejor. Yo un traje de chaqueta, pero no compréis un color violeta, por favor que ese tono no resalta a mis ojos —respondió, señalándoselos.

Si es que, ese hombre tenía cada cosa...

—Venga, quítate la ropa que vamos a darte un repaso a la depilación con el láser —dijo Lucía, llevándome a la sala, donde nos acompañaron los otros dos, para ponernos a hablar de todo un poco.

Nos dieron las tantas allí, comentando la noticia que nos había sorprendido a todos, y es que Kike, que fue quien finalmente llevó el caso del divorcio de la ex de David, era prueba más que fehaciente de aquello de que el roce hace el cariño.

1

Habían empezado a verse de un modo más íntimo y menos profesional, y nos lo contó solo dos semanas antes, confesando que llevaban juntos de manera más oficial un mes.

i

Me alegré por él, de verdad que sí, porque se le veía de lo más enamorado, igual que a ella. Solo esperaba que no se cruzara nadie más y que alguno de los dos decidiera dejar la relación.

—Mañana vamos este y yo, a tu apartamento a arreglarte —dijo Lucía, señalando a Gabi, antes de que saliéramos

—No hace falta.

—No, ni nah. Te vamos a dejar guapísima, ya verás.

—Yo también voy, para darles los pinceles, cepillos y esas cosas —comentó Pati, quitándole importancia con un leve gesto de la mano.

Nos echamos a reír, porque a pesar de todo lo que llevaba soportando en los últimos meses, no había perdido el sentido del humor, ni las ganas de seguir luchando para vivir como lo hacía antes, sonriendo, aunque por dentro estuviera llorando.

Me despedí de ellos y fui a casa de mi padre, mi hermana quería que las llevara a ella y a Jimena a la iglesia, puesto que ambas querían encender una velita por sus respectivos padres en una época como esta, a solo unos días de Navidad, y llevaban haciéndolo todo el mes.

Cuando las recogí, me comieron las dos a besos, y me encantaba que lo hicieran, porque era su modo de demostrarme lo mucho que me querían.

Nada más llegar a la iglesia, el Padre Marcos sonrió al vernos, se acercó y abrazó a las niñas.

—¿Otra vez aquí, hijas mías? —preguntó.

;

—Y hasta final de mes, padre, que no queremos olvidarnos de nuestros seres queridos en estas fechas.

—Y ellos desde el cielo os lo agradecen, porque, mientras los recordéis y los llevéis en vuestros corazones, seguirán vivos, aunque ya no estén.

Ambas sonrieron, se fueron a encender esas velitas y a rezar, mientras yo me quedé con el Padre Marcos.

—Te veo feliz, y me alegro por ello.

—Gracias, padre.

—Ahora solo falta que me digas cuándo podré casaros.

—Él ya estuvo casado por la iglesia, así que, esta vez, conmigo no podrá.

—Bueno, eso es cierto, pero que yo os recibo aquí una noche, en plan Romeo y Julieta, y os caso una vez que tengáis el matrimonio legalizado por el juzgado.

—Que nuestro Señor Jesucristo se enfadaría con usted —reí.

—No, ya te dije que soy su favorito entre el resto de sacerdotes —se encogió de hombros.

—Claro, como yo su oveja favorita.

—Descarriada, pero sí, mi favorita.

Me eché a reír, y es que estaba segura de que ese cura era capaz de casarme una noche, en plan clandestino, y se quedaría tan tranquilo.

Tras acabar sus rezos, las niñas se despidieron de él y volví a llevarlas a casa.

⁵ Manuela insistió en que me quedara a cenar con ellos, y cuando vi que había preparado una tortilla y pimientos para acompañar, no pude negarme mucho más.

—Y ellos desde el cielo os lo agradecen, porque, mientras los recordéis y los llevéis en vuestros corazones, seguirán vivos, aunque ya no estén.

Ambas sonrieron, se fueron a encender esas velitas y a rezar, mientras yo me quedé con el Padre Marcos.

—Te veo feliz, y me alegro por ello.

—Gracias, padre.

—Ahora solo falta que me digas cuándo podré casaros.

—Él ya estuvo casado por la iglesia, así que, esta vez, conmigo no podrá.

—Bueno, eso es cierto, pero que yo os recibo aquí una noche, en plan Romeo y Julieta, y os caso una vez que tengáis el matrimonio legalizado por el juzgado.

—Que nuestro Señor Jesucristo se enfadaría con usted —reí.

—No, ya te dije que soy su favorito entre el resto de sacerdotes —se encogió de hombros.

—Claro, como yo su oveja favorita.

—Descarriada, pero sí, mi favorita.

Me eché a reír, y es que estaba segura de que ese cura era capaz de casarme una noche, en plan clandestino, y se quedaría tan tranquilo.

Tras acabar sus rezos, las niñas se despidieron de él y volví a llevarlas a casa.

Manuela insistió en que me quedara a cenar con ellos, y cuando vi que había preparado una tortilla y pimientos para acompañar, no pude negarme mucho más.

Capítulo 22



Había quedado en que me recogiera David para ir juntos a la cena, pero le surgió un contratiempo con el coche y no iba a poder, así que fue mi padre quien vino a buscarme.

Cuando llegamos al hotel ya estaban allí todos nuestros compañeros, así como Alberto, pero ni rastro de David.

—Dime, pequeña —contestó al descolgar cuando lo llamé.

—¿Te falta mucho para llegar?

—No, tranquila, que el seguro me ha mandado un taxi y voy de camino.

—Vale, es que ya estamos todos.

—Mira, soy como una novia, me estáis esperando —rio.

—Anda que, menuda cosa me dices. Ahora te veo.

—Te quiero, mi amor.

—Yo no —reí, y colgué.

Y es que eso era lo que solía contestarle a veces, a modo de broma, porque él mejor que nadie sabía cuánto lo quería.

—No me extraña que me quitaran a la chica, madre mía, estás preciosa, Cloe —dijo Kike, cuando me vio.

—Gracias.

—¿Quieres una copa?

—Sí, por favor, a ver si se me pasan los nervios.

—Venga, que de aquí no nos vamos, hasta que nos den el premio. ¿Dónde está el sobre con el ganador? Para ver si podemos dar el cambiazco —me hizo un guiño y me eché a reír—. Oye, que es una idea genial. Eso, o que pase como en los Óscar, ¿te imaginas? Dan un nombre por error, todos los abogados ahí arriba —señaló el escenario que habían colocado—, y de repente sube otro tío con un sobre en la mano y dice “Perdón, perdón, ha sido una confusión, el bufete ganador es Hidalgo y Soler” —hasta puso cara de circunstancias al hablar.

—Kike, si alguna vez te quedas sin trabajo como abogado, hazte cómico, en serio, te haces rico.

Fuimos a por una copa y regresamos junto al resto, charlamos y comprobé que había mucha gente este año también, varios eran los bufetes que optaban a ese reconocimiento, entre ellos, en el que trabajaba Miguel.

A quien por cierto acababa de pillar mirándome, me hizo un guiño, y se acercó para hablar conmigo.

—Si quieres dejar a ese abogado de poca monta con el que estás, sabes que siempre me tendrás esperándote.

—No creo que a la psicóloga le hiciera mucha gracia.

—Esa psicóloga está con otro de los asiduos a la casa de Miranda.

—¿En serio? ¿Desde cuándo?

—Desde hace un par de meses, fue ella quien decidió que acabara nuestro acuerdo.

—Vaya, pues, lo siento.

—Solo busca alcanzar el éxito, no quiere nada más que eso.

—¿Cuándo piensas sentar la cabeza y casarte, letrado? —pregunté, dándole un trago a mi copa de champán.

—Cuando tengas una hija y sea igualita que tú.

—Miguel, para entonces, parecerás su abuelo —reí.

—Es verdad, ¿has pensado en clonarte? —Arqueó la ceja— Fui un estúpido por no hacer algo antes, por haber dejado que esos cuatro meses nos separaran definitivamente.

—Aunque hubieras hecho algo, yo no sentía nada romántico, Miguel.

—Fui solo sexo, lo sé. Solo espero que Soler te haga feliz, o le parto las piernas.

—Ponte a la cola, Kike está antes para darle una buena paliza.

Me despedí de él y, cuando me giré, vi a David sonriéndome.

—Estás... espectacular, pequeña —se inclinó para besarme.

—Me alegro de que te guste.

—Me encanta —se acercó a mi oído, y susurró—, y estoy deseando quitártelo.

Me sonrojé, di un trago a la copa, y él sonrió.

Cuando informaron de que se serviría la cena en breve, fuimos a nuestras respectivas mesas y disfrutamos de la velada.

Dos horas después, cuando dijeron el nombre de nuestro bufete como ganador del galardón, di un grito de alegría que resonó en todo el salón.

Subimos mi padre, Alberto, David y yo a recogerlo, agradecemos el reconocimiento y aseguramos que seguiríamos trabajando para llevar la defensa de nuestros clientes como hasta ahora, con esfuerzo y dedicación.

Cuando regresábamos a la mesa, Miguel me abrazó dándome la enhorabuena, y me aseguró que el año próximo sería su bufete quien ganara.

Tras eso, sirvieron copas para todo el mundo y amenizaron la noche con música.

Hubo un momento en el que perdí de vista a David, que había estado hablando con alguien de otro bufete. Entonces comenzaron a sonar como campanitas tintineando, todo el mundo se apartó a los lados y, de pronto, vi que un chico joven iba hacia el centro y empezaba a bailar, fue entonces, cuando la voz de Bruno Mars resonó en el salón.

“It’s a beautiful night, we’re looking for something dumb to do. Hey baby, I think I want to marry you” ^{III}

Al acabar esa frase, señaló a una chica que había a uno de los lados, le pidió con el dedo que se acercara, ella lo hizo sonriendo, y comenzó a bailar también.

Se compenetraban muy bien, la verdad, y entonces, otra pareja se unió a ellos, y después otra más, y otra, así, hasta que había diez personas delante de todos bailando.

—Papá, esto otros años no lo han hecho —le comenté, sin dejar de observar lo bien que lo hacían.

—No, cariño, esta ha sido una petición especial —contestó, sonriendo, mientras me indicaba con un gesto que mirara hacia la pista.

Y ahí estaba llegando David, caminando entre las parejas que seguían bailando.

Cuando Bruno Mars cantaba esa parte en la que decía “*No digas que no*”, David sonrió de medio lado, arqueando la ceja, al tiempo que movía del dedo de un lado otro negando, cada vez más cerca de mí.

—Solo di, sí —me pidió, arrodillándose frente a mí, con una cajita en las manos, en la que había un precioso anillo de compromiso.

Lo único que pude hacer en ese momento, fue llorar, taparme la boca con ambas manos ante esa sorpresa, y asentir. ¿Cómo iba a decirle que no, con lo que nos había costado llegar hasta ese momento?

David se incorporó, me puso el anillo en el dedo y, mientras me cogía en brazos y nos besábamos, con esa canción de fondo, todos cuantos nos rodeaban en ese momento, comenzaron a aplaudir.

Sin duda, nunca podría olvidar esa bonita manera en la que, con un *flashmob*, el hombre al que amaba me había pedido matrimonio.

—No, cariño, esta ha sido una petición especial —contestó, sonriendo, mientras me indicaba con un gesto que mirara hacia la pista.

Y ahí estaba llegando David, caminando entre las parejas que seguían bailando.

Cuando Bruno Mars cantaba esa parte en la que decía “*No digas que no*”, David sonrió de medio lado, arqueando la ceja, al tiempo que movía del dedo de un lado otro negando, cada vez más cerca de mí.

—Solo di, sí —me pidió, arrodillándose frente a mí, con una cajita en las manos, en la que había un precioso anillo de compromiso.

Lo único que pude hacer en ese momento, fue llorar, taparme la boca con ambas manos ante esa sorpresa, y asentir. ¿Cómo iba a decirle que no, con lo que nos había costado llegar hasta ese momento?

David se incorporó, me puso el anillo en el dedo y, mientras me cogía en brazos y nos besábamos, con esa canción de fondo, todos cuantos nos rodeaban en ese momento, comenzaron a aplaudir.

Sin duda, nunca podría olvidar esa bonita manera en la que, con un *flashmob*, el hombre al que amaba me había pedido matrimonio.

Epílogo



Tres años después...

La vida podía llegar a ser una montaña rusa de sentimientos, de esos que te hacen bien, y de los que te dañan.

En la mía, había habido de todo, desde los que más dolor me habían provocado, como la muerte de mi madre, hasta los que me colmaban de alegrías.

En los últimos tres años, una persona se había encargado de que solo tuviera momentos felices para recordar, y con esos me quedaría para siempre.

Lejos estaban esas indecisiones en las que no sabía si guiarme por la razón, o por el corazón, puesto que solo hacía caso a uno de ellos.

A mi corazón, que no se había equivocado cuando decidí hacerle caso.

Estos años al lado de David, han sido los mejores de mi vida, y no ha habido un solo día que haya tenido dudas del amor que siento por él, como tampoco las he tenido del que él siente por mí.

Desde que nuestros caminos se cruzaran en aquella playa de Tarifa, donde habíamos vuelto en más de una ocasión, ambos supimos que no iban a volver a separarse, aunque durante algunos meses surgieran desvíos en ese camino que nos llevaría al momento en el que estábamos ahora, celebrando nuestro segundo año de casados, y el primero de vida de nuestra hija Patricia.

Después de que me propusiera matrimonio aquella noche navideña, organizamos todo para casarnos justo al año siguiente, y lo celebramos en el hotel donde me lo había pedido.

La luna de miel fue en una preciosa playa del Caribe, donde disfrutamos de nuestro amor rodeados de aquellas aguas cristalinas, tomando cócteles bajo las palmeras, dejándonos llevar entre las sábanas y compartiendo momentos de amor, ternura y pasión.

No nos habíamos planteado el tener hijos en un tiempo, puesto que queríamos centrarnos en nosotros, en

conocernos cada día que pasaba, en seguir aprendiendo a amar al otro.

Y nuestra niña llegó por sorpresa, sin esperarla, tras haber tomado un par de copas de más en la boda de Gabi y Mario.

Pero no cambiaría por nada del mundo a mi niña, ya que llegó justo en el momento en que debía llegar.

Le pusimos Patricia porque tuve dos importantes riesgos de aborto, pero mi niña se aferraba a la vida como una guerrera, y no había mejor nombre que ese para ella, puesto que mi amiga, con esfuerzo y constancia, pudo volver a caminar, se casó con Edu, dándole la sorpresa de que caminaba, y ese hombre lloró aquel día como un niño chico. Ahora es ella quien se encarga de llevar a su hijo y a mi niña al parque todas las tardes.

Mi padre y Manuela también se casaron, y tanto mi hermana como yo, la llamábamos mamá, sacándole esa preciosa sonrisa que nos regalaba cuando nos escuchaba.

A David le hicieron socio del bufete de manera oficial, así que ya solo faltaba yo, pero no quería aún, porque de ese modo sentiría que mi padre no querría formar parte de él, y ese bufete era su vida.

—*Te deseamos todos. Cumpleaños feliz...* —cantaban nuestros familiares y amigos, mientras mi pequeña aplaudía, y yo volvía a la realidad.

^a—Pero qué nieta más guapa tengo, madre —decía Manuela, que se comía a besos a mi niña desde que nació.

—¿Quién va a querer tarta? —preguntó Lucía.

—Menuda pregunta haces, hija, de verdad —protestó Gabi—. Siendo de chocolate, ¿hay alguien que no vaya a querer?

—Chico, yo qué sé, ¿y si os habéis puesto todos a dieta?

—Claro, por eso nos hemos metido un el cordero asado de Manuela entre pecho y espalda. Anda que...

—Gabi, si mi chica lo dice por el antojo que tiene, no por otra cosa, que, si no queréis ninguno, ya se la come ella solita —contestó Jaime, lo que hizo que Lucía le mirara, queriendo asesinarlo.

—Que alguien le quite el cuchillo a esa mujer, por Dios —reí, a sabiendas de que Lucía, no haría daño ni a una mosca.

Porque sí, mi amiga estaba embarazada de seis meses, y esperaba una niña, solo que ella decía que no se casaba, que serían una pareja moderna que solo se juntan.

Como decía el Padre Marcos, de todo había en la viña del Señor.

Y, hablando del cura más dicharachero del mundo entero, ese hombre cumplió lo que me dijo.

Y es que, a nuestra vuelta de la luna de miel, nos vimos una noche en la iglesia, con nuestros trajes de novios, y él oficiando una ceremonia de lo más emotiva, aunque no fuera a tener validez.

Aquella noche fui yo quien encendió no una, sino once velas, por mi madre, una por cada año que me había faltado.

Sabía que no se había marchado del todo, que seguía conmigo de algún modo, y que así sería hasta que yo dejara de recordarla.

Pero eso sería cuando fuera ya mayor, una abuelita, no antes.

—¿Sigues aquí, pequeña? —preguntó David, abrazándome por detrás mientras veía llover desde la ventana.

—Sí, sigo aquí —sonreí.

—¿En qué piensas? —me besó la mejilla.

—En las vueltas que da la vida,

—Y sorpresas también —contestó, refiriéndose a nuestra hija.

—También.

—Dime una cosa, las vueltas que dio tu vida hace tres años, ¿fueron buenas?

—Ajá, sí, muy buenas. ¿Y las tuyas?

—Las mejores. Porque, si aquella tarde en Tarifa me hubieran dicho que iba a conocerte por fin antes de que me incorporara al bufete, no me lo habría creído.

—Y todo fue porque mi hermana quería pasar el fin de semana en la playa, así que, es gracias a ella.

—Cierto, nunca le he comprado nada por eso. Recuérdame que le pagemos la boda, bueno no, que eso querrá hacerlo tu padre —me eché a reír cuando lo dijo—. La luna de miel corre de nuestra cuenta, así que vamos a tener que ir ahorrando.

—Hijo, de aquí a que se case, anda que no quedan años.

—O no, quién sabe.

—Que solo tiene catorce —no podía dejar de reír.

—¿Y? Mira que, si dentro de cinco años conoce al amor de su vida, y se casa con veinte. Pues tendremos que empezar a ahorrar ya.

—Sí, y para la boda de nuestra hija también, no vaya a ser que nos veamos cortos de dinero.

—Bien pensado, señora letrada.

—Ay, qué paciencia tengo que tener contigo.

—¿Qué quieres que haga para compensar tu santa paciencia, querida esposa? —preguntó, girándome para mirarme a los ojos.

—Conquistame —sonreímos, y nos fundimos en un abrazo.

Así era el amor, lleno de días y oportunidades, para conquistarse mutuamente.

—O no, quién sabe.

—Que solo tiene catorce —no podía dejar de reír.

—¿Y? Mira que, si dentro de cinco años conoce al amor de su vida, y se casa con veinte. Pues tendremos que empezar a ahorrar ya.

—Sí, y para la boda de nuestra hija también, no vaya a ser que nos veamos cortos de dinero.

—Bien pensado, señora letrada.

—Ay, qué paciencia tengo que tener contigo.

—¿Qué quieres que haga para compensar tu santa paciencia, querida esposa? —preguntó, girándome para mirarme a los ojos.

—Conquístame —sonreímos, y nos fundimos en un abrazo.

Así era el amor, lleno de días y oportunidades, para conquistarse mutuamente.

RRSS:

Facebook: [Marcos Álvarez Castro](#)

IG: @marcosalvarezcastro

^[1] Traducción: Es una bonita noche, estamos buscando alguna tontería que hacer. Hey nena, creo que quiero casarme contigo.

RRSS:

Facebook: [Marcos Álvarez Castro](#)

IG: @marcosalvarezcastro

[\[1\]](#) Traducción: Es una bonita noche, estamos buscando alguna tontería que hacer. Hey nena, creo que quiero casarme contigo.